



APUNTES BIOGRAFICOS DE
S. CONRADO DE PARZHAM

Hno. Lego Capuchino.

APUNTES BIOGRAFICOS

DE

S. CONRADO DE PARZHAM

LEGO CAPUCHINO



P. Samuel de Chiaramonte

Capuchino

Apuntes biográficos
de
S. Conrado de Parzham
Lego Capuchino

Traducción del italiano por un Padre
de la misma Orden.



IMPRESA DE NTRA. SRA. DE LOS DOLORES
CAPUCHINOS PAMPLONA. 1934.

CON LA LICENCIA DE LA AUTORIDAD
ECLESIASTICA Y DE LA ORDEN





AL LECTOR



A Iglesia ha levantado a la cumbre suprema de la gloria al humilde portero del santuario de Altoetting, el cual durante 40 años, sirviendo a la Virgen y a sus Hermanos en el oficio a él encomendado, llegó en el silencio y vida retirada a una santidad admirable, que hoy, al recibir el sello del oráculo del Pontífice, brilla en la plenitud de su esplendor y se extiende por el mundo entero.

¿Qué ha hecho este humilde hijo de la católica Baviera para merecer tal honor?

He ahí lo que con sencillez y brevedad vamos a bosquejar en las páginas de este librito.

Calascibetta (Enna), 1 Mayo 1934





CAPITULO I

Primavera de santidad



Están ya cerca las Navidades de 1818. En el valle de Rott, en Baviera, se ensaña un riguroso invierno de vientos impetuosos y helados, de tupidas nieblas, y a veces también de tempestades de nieve, que obligan a reposar en torno al hogar donde transcurren melancólicas las horas.

Días llenos de tedio y aburrimiento.

Pero en la casa de Bartolomé Brindorfer, honrado y acomodado labrador de Parzham, hay alegría y fiesta. Cabalmente en la noche del 22 de Diciembre le ha nacido otro niño, el nono de los 10 hijos de Gertrudis Niedermaier, su mujer.

Bartolomé, apenas amanece, va a notificárselo a las hermanas y hermanitos:

¿Veis?—les dice—los Angeles han bajado a nuestra casa, mensajeros de celestes bendiciones, y nos han dejado este hermanito suyo, gracioso y amable, para

preceder y hacer corona al Niño Jesús, que en breve nacerá también en su diminuto pesebre.

Estalla entonces una explosión de alegría, y un coro de voces argentinas se confunden en común regocijo.

Corren todos a ver, y aun los más pequeños miran extasiados al recién nacido, y pensando en el don del cielo hecho a su casa, gustan ya las dulzuras de las próximas Navidades.

Poco después se visten sus mejores vestidos, y siguen alborozados a su padre a la parroquia de Weng, donde es administrado el mismo día el bautismo al recién nacido al que le imponen el nombre de Juan. En aquella familia cristiana la luz de la gracia tenía que seguir inmediatamente a la luz de la tierra.

—Ahora sí que es un verdadero angelito del cielo nuestro Juanito—dice la madre a sus hijos—ahora merece las caricias y besos de todos, de los ángeles y de los hombres. Abrazadle, besadle, es hijo de bendición y de gracia.

Ese es el futuro S. Conrado de Parzham.

Venido al mundo casi la víspera de Navidad, no parece sino que Jesús hubiera querido esconderse desde el primer momento en su corazoncito, para guardar su porvenir y enderezar su camino, haciendo de él un milagro de bondad, de virtud, de santidad.

En buenas manos ha sido puesto este niño, pues a los dones de gracia que ha recibido corresponden dignamente los sentimientos eminentemente cristianos de la familia, donde Dios reina soberano, toda vez que

todo allí se inspira en su ley y todo se ajusta a su divino beneplácito.

Gertrudis, su buena madre, no da otra doctrina a sus hijos ni los educa con otros métodos que los tradicionales en las familias cristianas. No se inspira sino en la Iglesia, en el Evangelio y en las predicaciones de su párroco. Y eso dice y repite a sus hijos cien veces y cuantas es menester.

—Sed temerosos de Dios—les alecciona la buena mujer—y será vuestra riqueza, en esta vida y en la otra. Todo pasa, todo acaba. Feliz aquel que sabe obedecer fielmente a los preceptos del Señor.

La buena madre sabe tocar suavemente las cuerdas más delicadas de sus corazones, sabe apartarlos de las innumerables seducciones e ilusiones de la vida, plégándolos a los grandes intereses del espíritu. Para ella ninguna cosa tiene valor real, si no está iluminada por la fe y la luz de la eternidad. Y por eso cuando se pone a hablar consigue excitar el interés de sus hijos y mantiene despierta su atención.

Así los hijos crecen dóciles, timoratos, piadosos.

La familia posee una vasta hacienda, llamada *Venus*, de 125 yugadas, en aquel valle fertilísimo y encantador de Rott, donde parece florecer la poesía, aún entre los hielos y la nieve del más crudo invierno.

Además de esa vasta posesión tienen vacas, caballos y sirven en la casa algunos criados afectos a ella. A pesar del número de hijos y sirvientes, en esta casa reina solemnemente la paz. Y al obscurecer, cuando

todos están dentro, a la hora de la oración, diríase que aquello es una iglesia, tal es el silencio, el recogimiento y la piedad en todos.

Rezan juntos el *Angelus* de rodillas; alternan después el rezo del santo Rosario, se fomenta la devoción a María, se cuentan las historias del antiguo y nuevo Testamento, que tanto agradan a los niños, se vive en suma una vida morigerada y patriarcal, de suerte que un anciano que estuvo muchos años al servicio de aquella casa ha podido decir lleno de satisfacción al fin de sus días: «En la casa de los Birndonfer la vida era un idilio sagrado y patriarcal.»

Juanito, nuestro santo, aunque de los más jóvenes, era el más diligente en el cumplimiento de sus deberes, el más asiduo a las oraciones y a las historietas piadosas.

Eso es un hecho cierto.

Un testimonio magnífico a este propósito, transmitido por quien lo conoció en aquella edad, nos lo dan estas palabras: «Le gustaba orar y oír hablar de Dios.»

Frase elocuente.

Todo lo que se relaciona con Dios, todo lo referente a El, encuentra una secreta emoción en su corazón y va a herir las fibras más íntimas de su espíritu. ¿Hablan de Dios sus padres? Allí está Juanito con el corazón abierto y el alma gozosa, atento a oír y recoger sus palabras. Saborea con secreta complacencia, y siente que se agita en su pecho una llama que es luz y amor; una llama de la cual no se da cuenta todavía pero que sin

embargo le invade y le fuerza. Le impulsa a ser mejor, a practicar la virtud, a amar mejor y más generosamente a Dios.

Desde sus más tiernos años brota en su alma aquella hambre misteriosa que no puede ser apagada del todo en este mundo; y en su espíritu se enciende aquella sed divina de que habló Jesús en el pozo de Siquén.

Parece que solo los mayorcitos deberían gustar las instrucciones y las historietas que cuentan los padres, y sin embargo Juanito aún siendo de los más pequeños, bebe a grandes tragos sus palabras, y piensa, y reflexiona, y asimila.

La madre trabaja intensamente modelando su corazón. Habla a su Juanito de Jesús y de María, de su predilección por los niños, de su amor, del deber que tenemos de honrarles, servirles, no solo con palabras sino también con la docilidad, con la obediencia y la virtud.

—¿Quieres amar de veras a Jesús?—le pregunta muchas veces viéndole tan docil y atento.

—Enséñeme cómo debo amarle.

¡Qué palabras tan dulces y bellas! ¡Qué fiestas harían los ángeles al oírlas!

¿No había de experimentar Gertrudis una gran satisfacción, viendo crecer tan bueno y tan rico de promesas a aquel niño?

Esta florecilla de Parzham, que se abre entre los encantos de uno de los valles más amenos de Baviera, perfuma con su aroma casi su cuna misma, ya que desde su más tierna infancia es bella y fragante. ¿Qué ex-

traño que a los 6 años—como aseguran algunos—supiese las oraciones más comunes y acertase a hablar de las verdades de la fe y de los sagrados misterios con una competencia muy superior a su edad?

Admirábanse no pocos viéndole rezar en la iglesia con las manos juntas en actitud angelical.

Son los primeros frutos de la educación cristiana recibida en la familia.

Primavera de santidad, preludio de paraíso.

Ni los lugareños de Rott exageran al preconizarlo desde entonces como futuro santo.

A los 6 años comienza a frecuentar la escuela de Weng, a media hora de distancia. También aquí se notó el despejo de su mente, pues en breve hizo notables progresos y obtuvo los primeros puntos entre sus compañeros.

No hay de qué maravillarse.

Dotado de buen natural y amante de la piedad, gustaba más del deber que del juego; prefería la casa a la calle, y hasta en los mismos juegos buscaba los compañeros entre los mejores, de suerte que aún las madres recomendaban a sus hijos que fueran a la escuela con Juanito, el cual, preocupado por encima de todo de agradar y amar a Dios, solía hacer al ponerse en camino la señal de la cruz e invitaba a sus compañeros a rezar el rosario.

De rostro sonrosado y rubios cabellos, con una sonrisa ingenua que florece espontáneamente en sus labios, era objeto de simpatía para todos; apacible y bien equi-

librado, tranquilo y ecuánime siempre, ejercía un ascendiente nada ordinario sobre los jóvenes de su edad, y era llamado por todos «el angelito del Venus.»

La gracia obra evidentemente en el fondo de su natural bien dispuesta, y la sentida piedad de que vive forma un marco maravilloso al cuadro de tan bellas cualidades.

Sin embargo ese sosiego y ese reflejo glorioso de paraíso se alteran cuando oye ofender a Dios.

Un día, mientras juega con sus compañeros, oye blasfemar el nombre santo de Dios y de la Virgen. Palidece y tiembla repentinamente al oírlo, y luego, profundamente afligido, se pone de rodillas y con los ojos arrasados en lágrimas pide a Dios perdón por el blasfemo.

Sus mismos compañeros malos le temían y aún eludían su presencia pero no se atrevían a rebelarse.

Una vez tres de ellos sostenían una conversación nada buena, cuando vieron al «angelito del Venus» que se acercaba. Al punto uno llama la atención a sus compañeros diciendo:

—¡Callaos, silencio! que viene Juanito. ¡Ay de nosotros si nos oye!

Por aquí se ve que su sola presencia valía más que un sermón.



Juanito ora en la puerta de la Iglesia.



CAPITULO II

Las pruebas de la vida



Terminada la instrucción elemental, Juanito sigue a su padre y hermanos en el cultivo del campo en el Venus. Pero en la cúspide de sus pensamientos y aspiraciones queda siempre Dios, la vida futura y el deseo de la virtud.

En medio de la soledad de los campos y entre los encantos de la naturaleza, oye un latido potente de amor que lo empuja hacia arriba, le acerca al Creador y le inunda el pecho de deleite.

De aquí arranca su amor a la oración y a la soledad.

Su idolatrada madre, que nota llena de satisfacción aquella inclinación que comienza desde los primeros años, sigue complacida sus manifestaciones y la hace progresar con su ejemplo y sus palabras. Y gozándose por una parte en ella y admirándola, examina por otra con atención su marcha.

Juanito creciendo en años, se rodea de reserva y mantiene un recogimiento más avisado y circunspecto.

Gusta de orar en los lugares más ocultos de casa y en cuanto posible huye las miradas indiscretas de los profanos y aún a veces de su misma madre.

Pero ésta se percata de ello.

Un día va a buscarlo. Pero ni en casa ni fuera puede dar con él. Vuelve a entrar y examinándolo todo, lo encuentra de hinojos, con las manos juntas, ante una devota imagen de la Virgen.

¡Ah! ¡Su Juanito siente desde entonces poderosa y dulce a la vez la devoción a María!

La madre se alegra infinito de ello y lo admira en silencio. Conocía ya de sobra su piedad, mas esta escena le parece cosa de paraíso.

Otro día lo buscan el padre y los hermanos.

—¿Dónde está Juanito?

—En el campo o en casa—responde Gertrudis.

Recorren el *Venus*, examinan la casa. No está.

—¡Dónde habrá ido?—se preguntan luego.

La madre piensa:

—Si no está en casa ni en el campo, estará seguramente orando. Pero dónde?

Una idea cruza por su imaginación:

—¿No estará retirado en el granero?

Penetra en él y lo halla de rodillas orando ante un cuadro religioso.

Hay veces también en que Juanito canta y modula su voz con matices delicados que llaman la atención de los suyos. Oye en el fondo de su pecho una armonía suave de dulzuras que solo las almas elegidas saben ex-

perimentar y sus labios—casi contra su voluntad—vibran y se mueven, modulando algunos aires distraídos al parecer, pero que contienen una misteriosa expresión de afecto y semejan eco de paraíso.

Entre tanto cumple los 14 años.

Hasta ahora todo ha sido para él alegría, suavidad y encanto, de parte de Dios y de los hombres. De parte de Dios que le ha enriquecido con tan santos sentimientos y le pone en el pecho palpitaciones de amor con resonancias de alegría; de parte de los hombres, porque en sus padres y en la familia ha encontrado un sosiego y una correspondencia que viene casi a completar la predilección de Dios en su favor.

Dentro del círculo de la familia sus preferencias eran sobre todo para su madre. En ella vió siempre una mujer virtuosa, toda de Dios, preocupada por los intereses del alma, cuidadosa y solícita con los hijos, llena de fe y de grandes esperanzas celestiales que supo infundir en aquellos.

Y Juanito goza de estar cerca de ella, de oír su voz de recoger docil y alegre su ejemplo e instrucciones.

Pero un día, precisamente cuando él cumplió 14 años, Gertrudis enferma y muere.

Desgracia grave, golpe inesperado para Juanito, pérdida harto dolorosa; si no fuese por la fe que lo sostiene y la esperanza de encontrarla en el cielo, no podría vivir.

Adora los designios inescrutables de Dios, se resigna a su santa voluntad y se prescribe un género de vida más virtuoso y más apartado del mundo.

Para no fijar sus ojos sobre esta tierra de destierro, los sumerge en lo alto, en el cielo, donde le aguarda su querida madre y desde donde parece sonreírle y animarle.

Juanito desde aquel día va muchas veces a arrodillarse sobre su tumba, en el pequeño cementerio de Weng, donde reposa. Y más que rogar por ella, se encomienda a sus oraciones y a veces se le ve orar allí durante mucho tiempo. ¡Qué bien se halla allí y cómo quisiera quedarse en aquel lugar para siempre! Siente el contacto con su alma bendita que aletea en su derredor; y mientras le parece que le habla y repite todas aquellas cosas que solía recomendarle de continuo, cree casi oír claramente su voz y en su mente se renuevan las mil escenas del pasado.

Sin embargo la madre está muda para siempre.

No obstante él se levanta de allí más animoso y con mayor decisión de seguir sus ejemplos y virtudes.

Al cabo de dos años muere también el padre. Queda por consiguiente huérfano y solo; y si bien cuenta ya 16 años, comprende que se ha desvanecido para siempre todo apoyo humano.

Se afirma entonces más sólidamente en Dios que no puede faltar; en Dios que desde su infancia ha sido su verdadero sostén y maestro.

En el cementerio de Weng un modesto sarcófago de mármol recuerda aún a Bartolomé y Gertrudis Birmendorfer, reunidos en el mismo sepulcro. Pero desde la tumba silenciosa y muda que los encierra, nos dicen aún

cuánto puede la educación cristiana y qué influjo tan decisivo ejercen en una familia el ejemplo, la virtud y la palabra de los padres.

Y hay que hacer constar además que en aquella familia, aún después de la muerte de sus padres, no se extingue el amor y la piedad, antes se mantiene en pleno vigor y todos los hijos continúan caminando tras sus huellas.

Los testigos del proceso para la beatificación de S. Conrado están unánimes en hacer justicia a los hermanos del Siervo de Dios, asegurando que éstos se mantuvieron honrados, laboriosos y piadosísimos. «Los hermanos Birndorfer—dice uno de los testigos—eran muy piadosos y devotos, sin ambiciones, y aunque ricos, nada amantes del lujo; ajenos siempre a las exhibiciones y a las conversaciones bulliciosas. Se acercaban con frecuencia a los Sacramentos y eran muy celosos de las tradiciones de familia. En su casa, tanto los amos como los criados, eran todos de un corazón y de una sola alma.»

Después de la muerte de sus padres, Juanito queda en su puesto de trabajo y obediencia a sus hermanos entregándose con mayor intensidad a la santificación de su alma.

Abundantes manifestaciones de aquel tiempo evidencian esas aspiraciones de su corazón

Como todo hace en la presencia de Dios y nada realiza sin ofrecérselo a El, sabe hallarlo en todas las cosas y todo le sirve para tener ocupado su pensamiento

en las cosas del cielo. A veces durante el trabajo se para y está como absorto en contemplación, con el oído atento a escuchar voces misteriosas, ya que su alma no quiere perder el contacto con el Amado. Y a fin de que la devoción a María temple la esperanza de sus fatigas y sea como un bálsamo en las horas del día, lleva atado a la muñeca el rosario y cuando sus ocupaciones lo permiten, desgrana alguna parte de él o bien de vez en cuando lo besa y se lo estrecha contra su pecho.

En su habitación se ha fabricado un altarcito, ante el cual reza, pasando así muchas veces las noches enteras, y llora no pocas en abundancia.

En cierta ocasión su hermana Teresa encuentra intacto su lecho.

—¿Qué es eso?—le dice—¿no te has acostado esta noche?

—¿Qué te parece—responde él riendo con una respuesta evasiva—que no se hacer la cama a las mil maravillas?

Pero el hecho es claro, no ha dormido. ¡Encuentra tanto gusto en la oración! Pero desde aquel día, para evitar que sea notado su proceder, tiene buen cuidado de desarreglar la cama o bien se acuesta un momento para hacer creer que ha dormido sabrosamente toda la noche.

Le gusta ver en todas partes las imágenes de los santos y fijar en ella su mirada ansiosa, y al efecto las pone en los ángulos de la casa y las cuelga en el establo y en el desván donde se retira con frecuencia para

que nadie le interrumpa. Entre las estampas prefiere las de la Pasión que reproducen ante sus ojos las dolorosas escenas de su Amor Crucificado.

Poco a poco va desarrollándose en él el hambre del pan eucarístico, por lo que procura asistir con frecuencia a la misa en Weng y alimentarse con las carnes inmaculadas de Jesús. Para confesarse va hasta Birnbarck a una hora de camino.

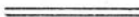
El amor a María le hace a veces prolongar el camino para visitar el santuario de la Virgen de Altoetting, célebre en aquella región y al que profesa una singular devoción. Hasta parece que una vez llegado no puede separarse de él. Diríase que la Virgen le dice al corazón:

—Quédate aquí, esta es tu casa.

Y cuando parte, no puede saciarse de volverse para mirarla.

Cuando va de camino, si alguno le acompaña, suele invitarle a rezar el rosario o bien guarda silencio.

El espíritu de piedad, de que abunda su alma, y el deseo de progresar en el conomiento y amor de Dios, le hacen inscribirse en todas las Cofradías de Parzham y sus contornos, y viste el hábito de la Orden Tercera de S. Francisco profesando su Regla en 1842.





CAPITULO III

Hacia el claustro



Ha llegado ya el tiempo de tomar una determinación.

¿Habrá de continuar cultivando el campo o elegirá algún otro estado?

En el mundo está como perdido. Nada le atrae antes bien todo le repugna. ¿Qué ha de hacer en él?

Se siente en cambio atraído por Dios a quien busca con ansia, experimentando un deseo intenso y profundo de El. Y Dios le invade y se enseñorea enteramente de su ser. Nota en sí algo misterioso que le atormenta y consuela al mismo tiempo. Anda contento y animoso pero no sabe dónde llegará ni de qué medios ha de servirse.

Para saciar sus anhelos de santidad y de luz, se hace peregrino de todos los santuarios pidiendo consejo a los sacerdotes de mayor prestigio.

Es evidente que Dios trabaja en su corazón.

Al principio piensa en abrazar la carrera eclesiásti-

ca. Para eso parece haber frecuentado el gimnasio de los Benedictinos de Metten. Pero encuentra no pocas dificultades y francas repulsas.

Una vez asiste a una solemne misión, predicada en Ering del Inn y para ello recorre diariamente un camino de más de cinco horas.

Pero su espíritu encuentra pábulo allí y para quien ama nada monta el sacrificio.

Bien pronto halla un óptimo director en un sacerdote llamado Dollinger, muy requerido, y para comunicarse con él recorre cada semana asimismo cinco horas, pues residía aquel en Aigen.

A partir de esta fecha vive más tranquilo. La luz se abre camino en su corazón y ya comienza a vislumbrar la meta. El silencio, el retiro, el desapego de todo se hacen más visibles, como lo advierten los suyos y en especial su hermana Teresa: en la mente de todos está que acabará por ser religioso.

Su porte externo es el de un santo. Un testigo ocular dice: «Cuando le veía yo oír la misa o acercarse devotamente a la Comunión o quedar absorto en profunda meditación, no podía menos de decir: ¡oh, si yo pudiese orar como Juan! Después de la Comunión estábase largo rato en actitud angélica. Admirando su fervor yo repetía: ¡Un día será santo! Como solía volverse de Aigen en ayunas, un día me acerqué a él y le dije:

—Juan, ¿por qué no desayunas antes de volver a casa?

—No lo necesito—me replicó sonriendo—me basta la oración.

Sí, en la oración encuentra un alimento delicioso al cual se une el de la lectura espiritual. En uno de sus libros preferidos escribe en 1849 estas palabras: *¡Viva Jesús y María única alegría de toda alma que ama a Dios y que no tiene otro anhelo que Jesús Crucificado!*

Estas breves frases revelan ya desde ahora la orientación de su espíritu; expresan toda el ansia y toda la suave piedad de su alma; manifiestan la atmósfera sobrenatural y de sentido amor de que está henchido su corazón. Evidentemente el camino ya recorrido en las vías de la perfección y del amor divino no debe ser exiguo.

Entretanto Dios no cesa de estimularle a dejar el mundo.

¿Cómo? ¿Y dónde irá a servirle?

Vuelve a insistir con su director, quien después de algún tiempo le dice:—Vete, Dios te quiere capuchino.

Ahora ya Dios le ha hablado claramente y le espera en aquella orden que tiene a su cuidado el célebre santuario de Altoetting, donde está su querida Virgen que tanto le atrae.

Mientras él, siguiendo el impulso interno de la gracia y la inspirada voz del director, comienza a preparar sus planes, en su familia tienen lugar algunos hechos y cambios que le deciden a realizar desde luego su intención.

El hermano mayor, Bartolomé, y las hermanas María y Gertrudis se casan, y los otros hermanos, ocupa-

dos en el trabajo, piensan en ponerle precisamente a él al frente de la hacienda, rogándole insistentemente para que acepte.

Juan para defenderse cree llegado el tiempo de manifestarles su pensamiento y la resolución tomada.

Aun cuando todos en la familia Binrdorfer estaban ya persuadidos de que Juan abrazaría la vida religiosa, quedan sin embargo impresionados cuando él se lo manifiesta. Le aman demasiado y su admiración y afecto nunca han tenido mengua. Saben de cuánta monta ha sido su participación en los trabajos en el *Venus*, y no pueden por consiguiente quedar indiferentes ante aquella decisión. No le oponen sin embargo dificultades, antes favorecen sus deseos y le ofrecen sus servicios para todo cuanto pueda facilitar la realización de sus anhelos.

Juan, cercenando demoras y decidido sin más a ser cuanto antes capuchino, queriendo seguir en todo el ejemplo del P. S. Francisco, destina la mitad de sus bienes para el cementerio de Weng donde descansan sus padres, y la otra parte a beneficio de los pobres. Acto seguido en Septiembre de 1849, a la edad de 31 años, se presenta al Provincial de los Capuchinos de Altoetting y pide ser admitido entre los hijos de San Francisco.

Se fija el día de la toma de hábito.

Se prepara con la oración y la penitencia.

Llegada la víspera de la separación de su familia, reúne a todos en torno al altar de su habitación (donde

había por medio de abundantes lágrimas y fervorosas oraciones recibido tantas gracias) y allí, rebosando alegría y gratitud, les da el último adiós con palabras de tan ardiente afecto y de un desasimiento tan sorprendente que uno de sus sobrinitos, aunque pequeño a la sazón, fija en su mente aquella escena divina y recuerda todavía sus últimas palabras después de casi 60 años.



La Capilla de la Virgen de Altoetting; en ella San Conrado servía la Misa todos los días



CAPITULO IV

Novicio capuchino



Admitido entre los hermanos legos en Altoetting se entrega con fervor al nuevo género de vida. Al principio encuentra algunas dificultades; pero con su ánimo generoso pronto las vence y escribe entre otras cosas a sus hermanos: «Aquí las horas de la oración y del trabajo están establecidas de modo preciso y me queda poco tiempo para otras cosas. Pero vivo contento; gozo de buena salud y nada me falta. Los frailes son muy buenos y nos amamos mutuamente... Los primeros días, dado mi carácter tímido, experimentaba alguna dificultad para estar entre tantos; pero pronto he aprendido a conocerles mejor y todo va bien.»

Su alegría mayor, de la que nunca se cansa, es sobre todo el encontrarse en el célebre santuario de Altoetting, donde la Virgen recibe tanto culto y donde él goza de tanto sosiego, dirigiendo de continuo sus pensamientos y afectos a Ella, dedicándola el tiempo y las fatigas y ofreciéndola su persona y todas sus cosas.

Allí transcurren para él al rededor de veinte meses.

Pero un día el P. Provincial le manda dejar aquel santuario y trasladarse a Burghanssen de enfermero.

Se le hace duro separarse de aquél lugar. Escribe a sus hermanos: «Me parece duro dejar este lugar de gracias; pero la obediencia me llama a otro sitio y debo obedecer. Rogad para que sea un verdadero hijo de S. Francisco y viva y muera como tal.»

La obediencia ante todo, la obediencia siempre. Lo demás es accesorio.

Y Dios se lo premia bien pronto. El Provincial persuadido de la vocación de este joven maduro (cuenta ya 33 años) y sus aptitudes para la vida religiosa, lo envía en 1851 a Laufen para comenzar el noviciado. El 17 de Septiembre viste allí con infinito placer el sayal seráfico, cambiando su nombre de Juan por el de Fray Conrado con el que le llamaremos en adelante.

Allí comienza sus nuevas ascensiones en las vías de Dios. Atormentado constantemente del deseo de hacer siempre más y mejor, pone sus ojos en metas más altas y lleva a cabo generosos esfuerzos.

Ha vestido el hábito de San Francisco y quiere en consecuencia vivir su vida e imitar sus virtudes. Al efecto tendrá en el noviciado un padre espiritual que será su guía y maestro.

Mas ¿qué de nuevo se puede enseñar a este hombre que siempre ha estado devorado del deseo de hacerse santo, que ha sabido dominar y vencer con indomable energía sus pasiones y se ha entregado al ejercicio de

las virtudes con constancia y heroísmo? Puede el Maestro hablarle de silencio, de oración, de pureza, de conciencia, de mortificación; él viene practicando todo eso hace ya muchos años y ha llegado a cumbres desconocidas a los más ancianos. Puede observar sus actos, vigilar su conducta, escudriñar libremente su corazón: se encontrará ante un hombre excepcional y lejos de hallar cosa que merezca reprensión tendrá mucho de que admirarse; en vez de enseñarle las vías de Dios podrá tal vez aprenderlas él; mejor que estimularle tendrá que moderar más de una vez su celo.

Con todo será menester probar bien su espíritu y ejercitar su virtud. La prudencia quiere que el P. Maestro no sea facil en creer que es oro todo lo que brilla. Además de que el aparentar no darse cuenta de sus virtudes y reprenderle por cosas de nada, y aún por acciones buenas, ha de serle necesariamente de mucha ayuda y pondrá de relieve sus cualidades.

Se comienza por contrariar su voluntad aún en las cosas más santas.

—Padre Maestro—pregunta humildemente el novicio Fr. Conrado—¿me permitiría ir algún rato durante el día al coro cuando no hay ocupación?

—Vaya, perezoso, vaya antes a trabajar en la huerta—le responde aquél desabrido—siempre hay algo que hacer. ¿No sabe que el trabajo, cuando se hace por obediencia y por agradar a Dios y sobre todo cuando se trabaja en su presencia, vale más que la simple oración?

Y Fr. Conrado, que siente vivamente el contraste de esta mortificación, besa la tierra humildemente y se dirige a la huerta a trabajar.

—Maestro, le dice otra vez terminados los maitines de media noche—si me permitiera quedarme en el coro hasta la mañana, tal vez ganaría más con ello, pues a esta hora no puedo conciliar el sueño y no hago otra cosa que dar vueltas en la cama.

—Vaya a dormir y será mejor, hombre desordenado—le dice el P. Maestro—quiere velar despues de maitines y luego durante el dia está como entontecido sin hacer nada. Es demasiado presuntuoso, hijo mío. Sepa al menos obedecer.

Y Fr. Conrado calla. Besa humildemente el suelo y toma el camino de su celda, acomodándose sobre su lecho.

Pero el Maestro no se limita a eso solo.

A veces el buen novicio va a preguntarle qué debe hacer.

—A la verdad que no sé en qué ocuparle—le responde aquel ásperamente delante de la comunidad—es inhábil para todas las cosas de alguna importancia y solo sirve para desempeñar un oficio que se podría dar a otros más activos y que trabajarían con más provecho. Además se me figura que es un hipócrita que finge querer trabajar para no ser reprendido de poltronería a la que es tan propenso.

Le apostrofa muchas veces con desabrimiento, se muestra enojado y descontento de él, le echa en cara las

mismas obras buenas como hechas de mala gana y por respetos humanos; y alguna vez llega hasta negarle la sagrada Comunión.

El pobre novicio, de rodillas, con las manos juntas y los ojos bajos recibe humildemente las reprensiones y desprecios. Hay ocasiones en que siente vivamente la brusquedad y la aspereza en el modo de corregir y en su interior aparece alguna sombra de melancolía. Pero la reprime al momento.

—¿Qué?—se dice a sí mismo levantándose para ir a otro lugar—¿qué? ¿Por ventura querrías recibir elogios y caricias como los niños? Toma más bien estas reprensiones. Más merecerías—estás convencido de ello—y sin embargo quisieras quejarte de este tratamiento.

Y con esto se humilla y aceptando con paciencia los reproches del P. Maestro se esfuerza por sentir agradecimiento a él.

Así avanza rápidamente en el camino de la cristiana y religiosa perfección y adquiere un gran dominio sobre sí mismo. Refrena las pretensiones del egoísmo y se aficiona a la obediencia y humildad. De esta suerte su alma se enseñorea de las pasiones y el Espíritu del Señor transforma su corazón.

La vida religiosa es molesta para quien quiere gobernarse por su propia voluntad; pero dulce, tranquila y amable para el que sabe negarse a sí mismo.

El secreto del éxito de Fr. Conrado en el noviciado consiste ante todo en abandonarse lleno de confianza al

cuidado sagaz del P. Maestro y en seguir dócilmente su dirección y sus ejemplos.

Fr. Conrado sabe alternar la oración con el trabajo y hace del trabajo mismo una oración continua obrando siempre con la intención de cumplir la voluntad de Dios y estando de continuo en su divina presencia.

Ocupado preferentemente en la huerta, ya que posee habilidad especial para esos trabajos, goza de las bellezas de la naturaleza y como auténtico hijo de S. Francisco sabe leer las perfecciones divinas en el gran libro del universo.

Terminado laudablemente con admiración de sus hermanos el año del santo noviciado, Fr. Conrado es admitido a la profesión del 4 de Octubre de 1852, fiesta del Seráfico Padre S. Francisco.

De los apuntes y propósitos que se trazó antes de la profesión podemos colegir la alegría de que estaba inundado su corazón en aquella ocasión: es la gracia de Dios que pone el sello a las virtuosas aspiraciones de este religioso. Esos propósitos entrañan cuanto de más bello puede haber en un alma y manifiestan la maravillosa labor que realizó la gracia divina en su alma como galardón de aquella su voluntad decidida a subir rápidamente la escala de la perfección.

Son unos pocos pensamientos expresados sencillamente, pero sobemanera expresivos y densos de conceptos. En ellos se auscultan los latidos de un alma gigante, de un corazón donde solo alienta el amor de Dios y del cielo.

Los reproducimos en toda su sencillez.

«Propósitos hechos con toda reflexión y plena confianza de poder cumplirlos con la ayuda de Jesús y María.

«1.º—Adquiriré la costumbre de estar siempre en la presencia de Dios y preguntarme con frecuencia en las ocasiones: Si me viesen mi confesor y mi superior, ¿haría esto o lo otro? Mucho menos lo haré en la presencia de Dios y del ángel de la guarda.

«2.º—En tiempo de cruces y sufrimientos me preguntaré muchas veces: Fr. Conrado para qué te has hecho religioso?

«3.º—Evitaré salir del convento, como no sea por motivos de caridad, obediencia u otra razón semejante.

«4.º—Trabajaré por conservar en mí y en los demás la caridad fraterna. Estaré atento para no proferir palabra que ofenda a otro. Sobrellevaré con mucha paciencia los defectos, faltas y debilidades de los demás, salvo cuando fuere menester advertir al superior para que ponga remedio.

«5.º—Observaré riguroso silencio en cuanto me sea posible. Parco en hablar, me preservaré de muchos defectos, para entretenerme así mejor en coloquios con Dios.

«6.º—En la mesa me pondré siempre en cuanto posible en la presencia de Dios y procurare guardar una actitud muy recogida. Me privaré de los alimentos que me gustan y me ejercitaré con preferencia en aquellas mortificaciones que no pueden ser notadas. Evitaré siempre comer fuera de las horas si no es por obediencia.

«7.º—Apenas oída la señal iré inmediatamente al coro menos cuando esté impedido.

«8.º—Evitaré cualquiera relación con personas de diferente sexo como no sea por obediencia; pero aún entonces estaré muy serio y tendré bien mortificados los ojos.

«9.º—Seguiré rigurosa y puntualmente las órdenes de la obediencia, apresurándome a combatir en todas las cosas mi propia voluntad.

«10.º—Tendré mucho cuidado en observar bien aún las cosas pequeñas y de evitar en lo posible toda imperfección voluntaria. Me atenderé rigurosamente a la Regla y no me desviaré nunca ni un ápice, suceda lo que suceda.

«11.º—Tendré siempre una tierna devoción a la Santísima Virgen y procuraré imitar sus virtudes.—Fr. CONRADO».

En estas pocas líneas hay un código entero de perfección. Respírase en ellas un aire de paraíso y se advierte a no dudarlo la grandeza y la decisión de un alma que quiere volar. Además esas alusiones tan delicadas e ingenuas a la Virgen y al Ángel Custodio dan la sensación de todo el fervor y regocijo que experimenta al pronunciar esos nombres y familiarizarse con ellos.

¿Qué más puede pedirse para ver un alma lanzarse a las alturas y anhelar a la unión con Dios? Aquí está todo el hechizo y la poesía de un corazón franciscano que late solo por el Amado y quiere concentrar en El todos sus afectos.



S. Conrado repartiendo la limosna en la portería



CAPITULO V

De nuevo en Altoetting



Recordará el lector aquellas expresiones de nostalgia y sentimiento de Fr. Conrado cuando, alejado del convento de Altoetting, escribía a sus familiares participándoles que había sido destinado a otra parte.

Conocía que no podría vivir santamente sino junto a la Virgen, donde respiraba a pleno pulmón la vida del espíritu y donde le envolvía una confianza, llena de luz, de poder conseguir más fácilmente la suspirada perfección religiosa bajo la protección de tan cariñosa Madre.

Y tal vez hasta en Laufen, durante el año de noviciado, volvía a menudo a sonreír a su fantasía la dulce imagen de la Virgen de Altoetting, con todo ese suave poder de seducción que ejerce todavía en toda Baviera y en Alemania, y le sonreía precisamente porque pensaba que allí encontraría por ventura mayor fuerza y apoyo en la virtud, pues el ambiente mismo parece

impregnado de luz, de amor, de atracción inefable.

Pero él es hijo de la obediencia y por más que el amor a María le fuerce a desear el santuario de Altoetting no quiere jamás habitar en él contra la voluntad de sus superiores. Ni pedírselo quiere. Su aspiración única es ya negar y contrariar su voluntad propia. ¿Acaso no incluyó entre los propósitos hechos en el noviciado «combatir en todo su propia voluntad»? En consecuencia no quiere tener ni preferencias ni predilecciones y si la dulce Madre de Altoetting le fascina y atrae, él sabrá cultivar en su corazón su amor y su consagración a ella; pero pedir la vuelta allí, eso nunca.

Ahora que ha terminado tan laudablemente el noviciado y ha emitido los votos, ¿a dónde le destinarán los superiores?

Atendiendo a su formación y a la profesión del siglo, cualquiera hubiera aconsejado el colocarlo en un convento donde hubiera una huerta que necesitara un experto hortelano y una mano segura y ejercitada.

Pero he aquí que el Provincial le manda de portero precisamente al convento de Altoetting, junto a la milagrosa Virgen a quien tanto ama y a la que está ligado por tantos afectos. ¡Que contraste! Mientras él en aras de la obediencia y de la mortificación se esfuerza por contrariar la preferencia e inclinación que siente por Altoetting, la Virgen bendita le llama allí precisamente, para que la sirva junto a su santuario.

¡Oh dulces predilecciones de María! ¡Cómo habría llorado su fiel siervo de emoción y alegría!

Ni siquiera entre los frailes causa sorpresa ese hecho. Saben muy bien, es verdad, que las reglas de la Orden exigen que sean nombrados para la portería los más ancianos y virtuosos, puesto que hay que tratar con tantas personas, sobre todo en Altoetting donde nunca falta un concurso de gente que sorprende, donde cada año van más de trescientos mil fieles para confesarse y comulgar, donde hasta los príncipes y mag-nates suelen llegar no pocas veces para venerar a la Virgen.

Mas por eso precisamente se escoge a Fr. Conrado. Todos conocen su virtud nada común y están persuadidos de que, lejos de descuidar sus deberes, sabrá ejercer allí con el ejemplo y la palabra un apostolado fructífero.

Dios es quien inspira a los superiores y la Virgen dirige su pensamiento. Fr. Conrado desempeñará durante 40 años el oficio de portero en aquella casa donde la Sma. Virgen ha de hablar por su conducto a tantos fieles y les ha de instruir en el camino de la salvación.

Fr. Conrado se sorprenderá por ese destino. Es apenas profeso. ¿Cómo es designado, pues, para un oficio tan delicado e importante? Pero luego piensa así: «Es la buena Madre del cielo que viéndome débil y vacilante en la virtud me quiere muy cerca de sí, para que sea generoso en imitar sus virtudes y seguir su ejemplo.

De aquí saca motivos para animarse más y más a la vida interior, para desempeñar con mayor diligencia

su oficio y honrar con sus acciones a la Virgen Santísima que tanta predilección le manifiesta.

Llegado a su destino, lo primero que hace es postrarse ante el altar de María y lleno de gratitud, le da gracias efusivamente por haberle llamado tan cerca de sí y le ruega le haga digno de Ella, del lugar y del oficio que se le ha encomendado, pues tiene que tratar y recibir a innumerables peregrinos que han de venir de todas partes; y él debe contribuir con su ejemplo y palabras a fomentar su fe y piedad, a nutrir sus almas y a veces también sus cuerpos con limosnas espirituales y temporales.

Le aguardan muchas dificultades y fatigas.

Pero el devoto de María encuentra en este oficio el medio de santificarse, de obsequiar a maravilla a su Reina y de hacer un gran bien a los peregrinos que en el transcurso de 40 años pasarán delante de él.





CAPITULO VI

El portero



Fr. Conrado está en su puesto, en la portería, resuelto a desempeñar bien su nuevo oficio con humildad, caridad, prudencia y paciencia, y sin perjuicio de atender cuidadosamente a las demás obligaciones de su estado.

De aquí en adelante, además de los religiosos, tendrá que tratar con toda clase de personas que vengan de cerca o de lejos a visitar a la Virgen, ya sea para confesarse o para cumplir los votos ofrecidos, ya también para recibir bendiciones y consejos y hasta limosnas. Hombres y mujeres, adultos y niños, artesanos y campesinos, hombres de ciencia y sencillos labriegos, eclesiásticos y seglares estarán en constante trato con él.

Y él estará allí para recibirlos, dar oídos a sus necesidades, responder y satisfacer a sus preguntas.

Fr. Conrado está plenamente convencido de que para desempeñar como es debido el oficio de portero

junto al santuario de María necesita ante todo mucha humildad. Es el portero de María, es decir de la Reina de la humildad y su porte debe exhalar el perfume de esta virtud ante los devotos de María. De no hacerlo así ¿para qué estar allá?

En realidad la humildad y mansedumbre de este hombre comienzan a brillar ya desde el principio y su porte recogido y caritativo le gana el afecto y simpatía de los peregrinos.

Será menester citar hechos? Todos los días se repiten.

Es característico el que se refiere de una pobre demente que visitaba con frecuencia aquella portería en demanda de socorro. Fr. Conrado que sabe apreciar la doble pobreza de la enferma, le da con larga mano cuanto está a su disposición. Rara es sin embargo la vez que aquella queda contenta y es frecuente el caso en que le apostrofa despechada:

—Viejo zorro—le dice—bien te burlas de mí: a mí me das las sobras y tú te reservas lo mejor. ¡Santurrón! Ya te ajustaré las cuentas alguna vez.

El Santo no se incomoda por ello y cuando vuelve la demente la recibe y trata lo mejor que puede.

Algunos que conocen su virtud y méritos, le piden el socorro espiritual del consejo y de sus oraciones.

—¿Oraciones a mí que estoy todo el día en esta portería?—responde él con mucha humildad. Tal vez soy yo quien más lo necesita. De todos modos nos encomendaremos mutuamente.

No es raro el caso en que alguno de entre la turba habla en términos encomiásticos y admirativos del Siervo de Dios que se turba de ello y aun a veces mira malhumorado al importuno panegirista.

Del profundo sentimiento de humildad que guarda en su corazón, dimana el concepto de su pequeñez e ineptitud; por eso también considera a los demás como mejores que él y se guarda bien de revelar sus defectos.

Se muestra delicado con todos y procura obedecer aun a sus iguales pensando en el ejemplo que dió de ello el divino Maestro. Y como quiere a toda costa ser humilde se esmera en ser muy obediente. No en vano ha consignado en sus propósitos de la profesión «seguir rigurosa y puntualmente las órdenes de la obediencia, cuidando de contrariar en todo su voluntad.» Por consiguiente, apenas el superior manifiesta su voluntad el Siervo de Dios comienza a ponerla en práctica, a pesar de que esta obediencia exige a veces no pequeños sacrificios.

Tiene obligación de estar desde la mañana hasta la tarde en la portería, exceptuada una hora después de la comida en la que se concede pasear en la huerta donde recita el santo rosario. Un día el P. Guardían tiene necesidad de él y va a buscarlo durante esa hora. No encontrándolo en la portería se inquieta y no bien da con él le dice ásperamente:

—Fr. Conrado; eso no está bien! El portero no debe faltar nunca de la portería, siempre pronto a todo lo que se le ordene.

El Santo escucha humilde y modesto y a partir de aquel día no va a la huerta a pasear durante la consabida hora de descanso. Sus compañeros que en general lo estiman mucho, admiran su conducta, singularmente su fidelidad a la observancia regular, a propósito de lo cual dice Fr. Primo que fué compañero suyo: «Fray Conrado nos daba un ejemplo luminoso en la observancia de la Regla y Constituciones, aún en las cosas más insignificantes, sin excluir las loables tradiciones de la Provincia y convento.»

Ocupado en un oficio que le pone en contacto con toda clase de personas sabe conservar un porte reservado especialmente en el trato con mujeres a las cuales no deja de dar lecciones cuando se presenta ocasión.

Un día se le presentan tres muchachas, dos de las cuales modestamente vestidas y la otra vanidosa y mundana. El Santo que aborrece la indecencia del vestido, le dice sin mirarla siquiera:

—Vístase un poco mejor, que eso no está bien con una monja.

Aquella joven no solo se hace más modesta sino que entra realmente monja.

Peró hora es ya de hablar más detenidamente de las virtudes principales del portero, las que el Santo ejercitó cumplidamente, a saber: la prudencia, la paciencia y la caridad.

Los frailes que en gran número están empleados en el servicio del santuario y del pueblo se ven obligados a entrar y salir continuamente. Fr. Conrado está allí,

solícito y sonriente, para abrir y cerrar la puerta.

Pero no es solo para los religiosos para quienes tiene que hacer el servicio.

La campanilla a cada momento.

—¿Quién es?

—Peregrinos.

—Bienvenidos aquí junto a la Virgen. ¿Qué quereis?

—Confesarnos.

—Perfectamente: voy a avisar a un padre. Preparaos entre tanto.

Pero antes que haya tenido tiempo para volver, la campanilla suena de nuevo una y otra vez.

—¿Quién es?—pregunta con dulzura.

—Somos unos pobres que venimos de lejos a visitar a la Virgen. Ahora antes de partir quisiéramos, si es posible, algo de comida.

—Sí, aguardad un poco.

Cierra suavemente la puerta y se aleja. Pero mientras va por el pan, la campanilla suena con fuerza dos veces.

—¿No está aquí el hermano portero?—preguntan a veces gritando los recién llegados.

Llega Fr. Conrado, siempre sereno y sonriente. Da el pan a los pobres y pregunta a los otros qué es lo que desean.

Y esto cada momento, de continuo, siempre igual, todos los días.

El uno una cosa, el otro otra. Este que quiere hablar con el P. Fulano, aquél con el P. Mengano; el de

aquí que quiere bendecir algunos objetos de piedad, el de más allá que encarga una misa. Hay ocasiones en que se amontona la gente y muchos se cansan de esperar. La campanilla suena, mientras no faltan quienes murmuran y se quejan de la tardanza.

—Pobre portero! ¡Pobre Fr. Conrado!

Pero él siempre humilde, siempre igual, se interesa por cada uno, dando a todos una respuesta con voz tranquila, serena, siempre dulce. Diríase que no tiene oídos para escuchar las injurias y que hay en su corazón ecos ignorados de regocijo, ya que nunca se ve alterado su rostro y a todos indistintamente distribuye suaves sonrisas de bondad que acarician el corazón, doliente a veces, de los peregrinos, ejerciendo secreto influjo sobre ellos.

Esa es la ocupación constante de Fr. Conrado en la portería del Convento de Altoeting desde el primero de Enero al 31 de Diciembre de cada año, en invierno y verano, cuando llueve y cuando calienta, de la mañana a la tarde, todos los días de su vida, durante 40 años, exceptuada solamente una hora poco más o menos después de mediodía en que le sustituye otro religioso. (1)

Y ¿cómo es posible—para él sobre todo que aspira

(1) En las vidas de los santos se refiere de otro, S. Alfonso Rodríguez de la Compañía de Jesús, que durante más de 30 años desempeñó el oficio de portero en el colegio de Monte Sión y escaló, algunos siglos antes que nuestro Conrado, las cumbres más altas de la santidad.

a la santidad—practicar la virtud y singularmente el recogimiento y el silencio en un oficio tan incómodo que exige tanta actividad?

Y con todo ahí, en esa portería de Altoetting, es donde S. Conrado ejercita heroicamente el silencio, el recogimiento y las demás virtudes.

Este portero, que emplea el tiempo en abrir y cerrar la puerta de entrada, que tiene que recibir tantos peregrinos y responder a infinitas preguntas, observa un silencio maravilloso y vive en un recogimiento difícilmente asequible.

Entre los propósitos formulados antes de la profesión está el del silencio que quiere «observarlo rigurosamente, siendo parco en el hablar, para preservarse de muchos defectos y estar más unido con Dios.»

Y lo cumple fiel y constantemente.

Ninguno puede asegurárnoslo mejor que sus compañeros: «Fr. Conrado—dice uno de ellos—fué sobremanera parco en sus palabras. Dudo que, en un año que hemos estado juntos, me haya dirigido cien palabras, no obstante tener que tratar yo con él todos los días.»

Ocupado como está interiormente en la presencia de Dios, dando oído atento a sus suaves, delicadas y misteriosas voces, no siente necesidad de hablar, antes bien halla dificultad en ello. Y no solo con los seglares sino también con los religiosos.

El mismo compañero añade: «Era tal su silencio que hubiera podido llamársele *Conrado el silencioso*. A él pueden aplicarse aquellas palabras de S. Juan de la

Cruz, que «un religioso para ser tal debe ser ciego, sordo y mudo aun con sus hermanos.»

Los que le conocieron han tejido un coro de alabanzas sobre su silencio. Otro compañero dice: «Estando siempre en la portería conoció muchas personas, mas nunca se informó de su condición y de lo que pasaba por el mundo.»

Si alguno quiere entablar larga conversación con él en la portería, le ataja ingenuamente con amabilidad: «Me falta mucho que rezar» y se despide.

Su aprecio del silencio es grande y su fidelidad a él nunca violada. Sabe ya por experiencia que el silencio le abre la puerta a aquella familiaridad con Dios que el pio autor de la *Imitación* llama «sobre manera admirable.»

Por eso escribía a una afortunada terciaria que gozaba de sus santas confidencias: «Hermana carísima, amemos siempre el silencio; quien habla mucho, no llegará jamás a una vida verdaderamente interior. Hablando de esta materia no acabaría nunca.»

Bastarían estas palabras para formarse idea del grado extraordinario de vida interior de nuestro Santo. Por lo demás es evidente que no hubiera llegado a la santidad que llegó sin un amor particularísimo a esta virtud que da tanta tranquilidad y nos acerca a Dios, como enseña la *Imitación de Cristo* de que era asiduo lector: «El alma devota progresa con el silencio y el descanso.»

El portero de Altoetting necesita además mucha prudencia y muchísima paciencia.

Mientras con el silencio y recogimiento fomenta el fervor en su espíritu, recibe también mucha luz del cielo en virtud de la cual hace las cosas con tal sabiduría y discernimiento que uno de los Padres más expertos de aquella provincia dice que Fr. Conrado «no solo conocía bien todo cuanto se refería a sus deberes sino que también muchas cosas cuyo conocimiento no puede exigirse a un simple hermano lego.»

El está allí en la puerta respondiendo en cada momento a las preguntas de las diversas personas e importunado por ellas. Sin embargo les oye con calma y serenidad, resuelve luego con prudencia y obra según las instrucciones de los superiores, sin atreverse nunca a apartarse en lo más mínimo de su voluntad. Por el contrario todo superior está seguro de hallar en él el ejecutor exacto y prudente de su voluntad. No le faltan tampoco ocasiones difíciles que ponen a dura prueba su prudencia y espíritu.

Un superior nuevo, viendo que se originan no pocos inconvenientes de la costumbre establecida ya de dar pan y cerveza a los peregrinos que llegan al santuario, llama un día a Fr. Conrado y le dice taxativamente:

—De hoy en adelante dará como siempre limosna a los pobres, pero le prohíbo dar pan y cerveza a los peregrinos.

Orden difícil en la práctica. La gente tiene ya esa costumbre. Pero el superior representa a Dios y Fray Conrado está pronto a obedecer.

Poco después, un domingo de Julio, llega de Munich una peregrinación de mil personas. Muchos, terminadas sus devociones, pegan a la puerta del convento y piden como de costumbre pan y cerveza.

—Dispénsenme—les dice el Santo con dulzura—no puedo darles.

Aquellos se miran con muestras de asombro, y algunos que comprenden que aquella costumbre tiene que ser muy gravosa para el convento se retiran, pero otros insisten en su demanda:

—Fr. Conrado, ¿no nos ha dado otras veces?

—Sí, es verdad. Pero ahora no puedo.

—¿Que no puede? Diga mejor que no quiere.

Y no faltan cuchicheos y hasta hay quien pronuncia frases de censura contra el Siervo de Dios.

La obediencia por encima de todo.

Los superiores son los que dan las órdenes; pero Fr. Conrado es quien debe cumplirlas, atenerse a sus consecuencias y tener paciencia.

Y esa paciencia la debe ejercitar no solamente con las murmuraciones sino con los caprichos de personas harto indiscretas e importunas, sobre todo de muchuelos insolentes que no escasean en la portería de Altoetting. Son vagabundos y gente ociosa que llegan a veces en grupos de veinte y aún más. Algunas veces son hasta más de sesenta o setenta.

Los jóvenes son siempre los mismos en todas partes: imprudentes, impertinentes a veces, astutos siempre. Entre ellos hay quienes ejercitan no poco la pa-

ciencia del Santo tocando la campanilla y huyendo inmediatamente, de suerte que el pobre siervo de Dios va a abrir y no encuentra a nadie.

También las niñas cooperan por su parte con sus artimañas. Se informan ante todo de los Padres que están fuera y luego van a llamar a la puerta preguntando a Fr. Conrado por alguno de aquellos para hacerle andar al retortero inútilmente buscando a quien no está en el convento.

Desgraciadamente todos abusan del que tiene paciencia.

Mas él no pierde su paz ni su mérito. Hay ocasiones en que sorprende la intención de las niñas de reirse de él y responde con la tranquilidad acostumbrada:

—¡Hola, granujillas! No hagais eso, que a la Virgen no le gusta.

Ese es el oficio del portero de Altoetting que tiene que tratar con gentes de todas clases y con los temperamentos más extraños. Ese es su oficio: abrir y cerrar la puerta continuamente, correr en una y otra dirección a llamar a este o al otro, a preguntar o responder, a sufrir o sonreír, a escuchar quejas o injurias, a dar consejos, a proveer de pan y sopa a los pobres.

Cuarenta años en esta vida, sin que se altere su fisonomía, sin que disminuya su paciencia.

Principalmente tiene que tratar con los pordioseros, con los pobres, con aquellos que van a Altoetting a remediar el hambre porque saben que han de encontrar un fraile que nunca niega y da siempre con rostro alegre y sonriente.



CAPITULO VII

El amigo de los pobres



En los pobres S. Conrado no ve ni descubre sino a Jesucristo.

¿Qué extraño que tenga tanta paciencia y caridad con ellos?

La vista de los pobres le enternece y por ellos no dudaría en realizar los más duros sacrificios.

—Jesús—suele decir—se oculta bajo estos pobres harapientos. Viene a visitarme y pedirme un poco de pan y de alivio. El que es el alimento verdadero de las almas y puede si quiere saciar mil mundos. ¿Cómo, pues, no recibirle con regocijo y gratitud y servirle afectuosamente?

Pensando de esta suerte, es evidente que todo pobre supone a sus ojos más que un hermano, puesto que es un enviado del cielo que trae una misión divina a los hombres.

Y los pobres que ven su caridad y leen en su rostro un amor que no es humano, acuden en gran número a él y vuelven frecuentemente.

El P. Guardián que conoce y admira la virtud del Santo Hermano, le da permiso para hacer bien y socorrer a los necesitados en todo lo que se puede. Y Fray Conrado, además de lo que está destinado especialmente para los pobres, apenas los frailes han terminado su refección, recoge lo sobrante así del refectorio como de la cocina y lo reserva junto a la portería en un lugar a propósito que tiene siempre a su disposición, distribuyéndolo después con santa alegría.

El cocinero no ve con buenos ojos esa diligencia del Santo y ese cuidado en distribuir abundantemente comida, y le dice:

—Esas son exageraciones, Fr. Conrado.

—Son nuestros hermanos—le responde el Santo con humildad—son nuestros hermanos que mueren con frecuencia de hambre. ¿Qué hay de malo en que alguna vez puedan regocijarse en nuestra portería con una comida abundante?

Otra vez es el hortelano quien le hace observaciones diciendo:

—No hay verdura que pueda bastar dando siempre de ese modo.

—El Señor—responde Conrado dulcemente—nos da hortaliza en abundancia como lo saben todos; podemos por consiguiente distribuirla más fácilmente a los menesterosos.

Lo mismo dice el refitolero por la cerveza que el Santo da a los pobres.

Hay ocasiones en que éstos, queriendo impedir la

desaparición de sus provisiones, ocultan las llaves y los alimentos a fin de que no caigan en sus manos. Y cuando él advierte que no le es posible dar cuanto quisiera, no escatima sacrificios y da a los pobres lo que tenía que comer él.

Los días en que el P. Guardián hace preparar sopa especial para los pobres u hornadas de pan con ese objeto, Fr. Conrado cuida de que todo se haga con diligencia. Una vez que el encargado del horno se descuida en su oficio, el Santo le reprende:

—Hermano mío, le ruego que tenga más cuidado con lo que se destina a los pobres.

A otro también que se muestra negligente en un oficio semejante le dice con dulzura:

—Mire, hermano: los bienhechores nos dan la limosna para nosotros y para los pobres. Ahora bien, no es razón que tratemos de mala forma la de los pobres.

Si bien todos en general miraban con simpatía la actividad del Santo y admiraban su exquisita caridad, no faltaban sin embargo algunos que se preocupaban al verlo tan generoso. Uno de éstos díjole en cierta ocasión:

—Fr. Conrado, amor a los pobres, sí, pero prodigalidad, no.

—No tema—responde sonriendo el Santo—lo que se da a los pobres se recupera más abundantemente.

Y de hecho los frailes en el convento lo comprueban así. No obstante la generosidad de Fr. Conrado nunca falta nada y las limosnas afluyen siempre en su-

ficiente cantidad así para los religiosos como para los pobres.

Como suele acaecer en tales ocasiones además de los pobres vienen a veces vagos y viciosos. El Santo da también a éstos en abundancia esperando que la caridad les vuelva al buen camino. Pero no satisfecho con eso acompaña esa caridad externa con oraciones fervientes en su corazón en favor de esos infelices que a menudo heridos por la gracia se convierten.

Un día uno de los Padres del convento, llamado a confesar, baja a la sacristía y encuentra un joven harto desaliñado en el vestir que parece un presidiario.

—¿Tienes algo que decirme, hijo?—le pregunta el Padre.

Aquel se arrodilla y rompe a llorar.

—¿Por qué lloras?

—¿Por qué? Soy el mayor pecador de la tierra. Quiero confesarme.

—¿Qué es lo que te ha movido a venir a confesarte?

—He estado pidiendo un poco de pan a Fr. Conrado. Pero él al dármelo me ha mirado de un modo extraño y aquella mirada me ha traspasado el corazón. He resuelto cambiar de vida y de conducta.

Fruto es éste de la caridad del Santo y fruto también de la fe y espíritu de oración con que cuida de acompañarlo.

Una joven llamada Fanny frecuente con los pobres la puerta del convento y juntamente con el pan, más bién abundante que escaso, que le da Fr. Conrado, re-

cibe a menudo varias amonestaciones de no andar en los alrededores con demasiada facilidad y de mantenerse fiel a Dios. Y la joven persevera en su fervor y comulga con frecuencia y da buen ejemplo.

Pero un día desaparece y no se la ve más.

Pasan muchos años y un día afligida y extenuada vuelve a la portería del convento de Altoetting, confundida entre los pobres y llena de vergüenza. El Santo la reconoce. Mirándola con aquella mirada intuitiva que penetra hasta el fondo lee sus extravíos en su conciencia y alargándole pan en abundancia la llama con voz compasiva por su nombre:

—¡Fanny!

La joven comprende que Fr. Conrado ha leído en su corazón: prorrumpe en sollozos y vuelve arrepentida a su primer fervor.

Mas no siempre los pobres se muestran agradecidos.

Un día tres muchachos le dicen con aire resuelto:

—Fr. Conrado, un poco de cerveza por favor.

El Santo va a traerla y se la da con su habitual suavidad de formas y con aquella mirada expresiva que indica el gran espíritu de fe con que siempre hace las cosas.

Aquellos la beben y burlándose del Santo se alejan riendo a carcajadas.

Otra vez se presenta un pordiosero cuando ya nada resta:

—Veré de encontrar algo para tí—le dice Fr. Con-

rado con su benevolencia acostumbrada—y vuelve luego con una escudilla de sopa. Pruébala el mendigo y no encontrándola de su gusto como otras veces, echa todo al suelo, despechado, diciendo:

—Cómela tú si quieres, frailón!

El Siervo de Dios no se turba. Recoge con calma los trozos de la escudilla rota y dice al mendigo:

—¿No quieres esa sopa? Ya te daré otra.

Y vuelve a la cocina a preparar alguna cosa mejor.





CAPITULO VIII

Apostolado



La portería del convento de Altoetting constituye el campo de su apostolado.

Los pobres que pasan de continuo ante él tienen un alma. Y lo mismo los peregrinos. El los mira, clava en ellos su mirada y piensa:— ¿Estos pobres se preocupan por ventura tanto del hambre del alma como del hambre del cuerpo? ¿Acaso los pecados que llevan en el alma no serán más sucios y asquerosos que los harapos que cubren su cuerpo?

Sabe bien que a muchos de aquellos desgraciados les ha faltado formación cristiana. Algunos habrán nacido en familias olvidadas por completo de sus deberes religiosos, o habrán vivido en un ambiente hostil a la fe entre gente corrompida y delincuente. Otros habrán sin duda que después de haber recibido una buena educación han vuelto atrás. Los unos han nacido pobres; pero los otros se han hecho pobres por sus vicios o por reveses inesperados de la fortuna.

Sea lo que fuere, Fr. Conrado no mira ni considera en ellos más que su pobreza, título suficiente para cautivarse sus simpatías y afecto; y socorriendo sus necesidades temporales les inspira con delicadeza el sentimiento de las eternas, les dice una palabra que les llegue al alma, les habla de los intereses del espíritu y de la vida futura.

A veces a las quejas que oye, responde con palabras de consuelo; otras apela a los eternos argumentos del Evangelio diciendo:

—Las tribulaciones se suceden unas a otras en la vida presente y no hay camino que no esté sembrado de espinas. Felices aquellos que saben sufrir con paciencia, pues tendrán una eternidad de consuelo.

Mas no todos van por limosnas materiales; muchos solicitan y tienen necesidad realmente de alimento espiritual, de consejos y oraciones.

Una joven postulanta se siente acosada del pensamiento de volver al mundo. Va a encontrar a Fr. Conrado:

—¿Qué debo hacer? El mundo me atrae, pero comprendo que Jesucristo me quiere para sí.

—Sor Tecla—le responde el Santo—tu vocación es ser religiosa. Serás feliz.

Y encuentra de hecho una gran paz en la vida religiosa.

Una mujer llamada María Aner, muy pobre, piensa un día que para mover a compasión a Dios debe entregarse a la penitencia, y pide en consecuencia un cilicio a Fr. Conrado, quien le responde:

—Hija, ya te basta el cilicio de la pobreza. Serás feliz si sabes llevarla con paciencia.

Una niña de 13 años, Francisca Niedermaier, natural de Parzham, viene a visitar con sus padres el santuario de Altoetting. Preguntan también por nuestro Santo, quien complacido al ver a sus conciudadanos se fija de modo desusado en la niña y le pregunta sonriente:

—¿Cómo te llamás?

—Francisca.

—¡Qué nombre tan bello! Es el de una religiosa. Serás monja.

A esta profecía la muchacha, que no quiere ni oír hablar de monjas, es presa de un gran temor y ruega a sus padres que le lleven de allí inmediatamente, concibiendo una aversión más viva aún a la vida religiosa. Pero a los 26 años entra religiosa entre las Damas inglesas en Burghansen.

Otra joven quiere entrar también entre las mismas pero su padre se opone a ello. Entre tanto ora con celo sin cesar, pero no obtiene cosa alguna. Recurre entonces al Santo quien le responde:

—Entrarás en el convento aunque ahora no lo permita tu padre. No ceses de orar.

Pasa algún tiempo y el permiso no se hace esperar.

En el valle de Rott se había introducido la herejía de los Católicos Viejos y no pocas familias se habían contaminado con ella. Un día se presenta al Santo una señorita resuelta, católica ferviente, y le dice:

—Fr. Conrado; mis padres profesan la doctrina de los Católicos Viejos. ¿Qué he de hacer?

—Oremos, hija. Dios puede remediar lo que los hombres no alcanzan. Ora, tus padres volverán a la fe católica.

Pero lo más eficaz en Fr. Conrado es el apostolado del ejemplo.

La majestad de su rostro, la serenidad del semblante, la suavidad de sus modales, la gravedad de su porte impresionan a todos. Aquella mirada sencilla pero expresiva; aquella atmósfera de recogimiento de la que no sale ni aun cuando sonríe; aquella dulzura de sus palabras y de modo particular su inalterable paciencia producen de ordinario una excelente impresión así en los religiosos como en los seglares.

Uno de sus compañeros, que vivió con él muchos años, hace esta descripción conmovedora: «Por todo su continente y su porte y aún por el modo de andar, Fray Conrado producía una impresión profunda que infundía reverencia. Su vista conmovía lo más íntimo del corazón y era de continuo un estímulo para el bien. Su tenor de vida despertaba en todo tiempo el pensamiento de Dios. Yo solía decirme con frecuencia: ¡Fr. Conrado es tan bueno y yo tan gran pecador! Viéndolo tan humilde, paciente, benigno y modesto, nacia en mí el deseo de imitarle.»

Una enfermera del hospital civil de Altoetting gustaba de ir con frecuencia a la portería del convento para ver una y otra vez al humilde y benigno Fr. Conra-

do cuyo aspecto le conmovía grandemente. Y al volver a casa solía decir muchas veces a la madre superiora.

—¡Si pudiese ser yo tan paciente como Fr. Conrado!

Por más que los años hayan borrado de la mente de los que le conocieron su figura privilegiada, sin embargo por el hechizo espiritual que ejercía sobre las almas, Fr. Conrado no puede ser olvidado fácilmente.

«La venerable figura de Fr. Conrado—dice una mujer que le conoció—está todavía vivamente impresa en mi memoria. Me represento perfectamente hasta el presente su modo de presentarse en la portería: con los ojos bajos, la cabeza inclinada, con el rosario o el crucifijo en la mano y moviendo sus labios que no cesaban de rezar.»

¿Cómo no había de impresionar de ese modo?

Un joven, que después fué Redentorista, asistió un día a una escena que no olvidó jamás y que dejó en su mente huellas indelebles.

«Era yo estudiante, dice, y ayudaba un día la misa en la iglesia del convento. En el ofertorio como no estuvieran preparadas las vinajeras fuí a traerlas en el momento en que ya Fr. Conrado venía con ellas. Terminada la misa, el celebrante le reprendió ásperamente, aún cuando no tuviera él ninguna culpa. Estaba ya para tomar su defensa, pero la dulce paciencia con que Fray Conrado recibió la humillación hizo que me faltara la palabra y callé. El hecho me causó profunda impresión. Y cuando andando el tiempo he tenido humillaciones en la vida religiosa he pensado en el Siervo de Dios y he vencido las dificultades.»

Un sacerdote de aquellos contornos, habiendo tratado una vez con el portero de Altoetting, gusta de volver allí y se detiene cerca en un ángulo para ver y oír y admirar sus virtudes. Y observa y vé. Son escenas de las que no es posible gozar en otra parte. Gente que va y viene. Tirones continuos a la cadena de la campana. Pobres que se suceden, visitantes ilustres y turbas de peregrinos. Todos tienen que pedir o decir algo a Fr. Conrado. Y éste allí siempre para abrir, dar, responder y aun terciar alguna palabra con mesura. Pero siempre tranquilo, siempre igual, siempre sereno, siempre recogido, como si aquel mundo inquieto no se moviese al rededor de él. «Quien lo veía—dice aquel sacerdote—se sentía lleno de veneración hacia él y movido a imitarle. Por su rostro se adivinaba la unión íntima de su Corazón con Dios y se tenía la impresión de hallarse ante un Santo.»



CAPITULO IX

Su alimento



u alimento espiritual, amén de la oración y de la presencia de Dios, era la Eucaristía, la meditación de la Pasión y el amor a María.

«Toda la religión, dice Bossuet, la constituye la piedad y toda la piedad la constituye Jesucristo.» Los santos comprenden bien la realidad de estas palabras. Por eso el Apóstol no puede ver ni considerar nada a excepción de esa luz: «El que no ama a nuestro Señor Jesucristo—exclama—no pretenda tener parte alguna con nosotros.»

Jesucristo es el todo. Y como se ha quedado real y verdaderamente bajo los velos eucarísticos, hacia la Eucaristía convergen la mente, el corazón y la vida toda de los fieles.

Fr. Conrado sintió desde sus años juveniles una fe ardiente hacia este gran Sacramento, de suerte que, viviendo aún en el *Venus*, recorría cada mañana un

largo camino para asistir a la misa. Y cabalmente para estar siempre cerca de Jesús y gozar de su presencia eligió la soledad del convento y encontró sus delicias en el servicio de la portería en Altoetting.

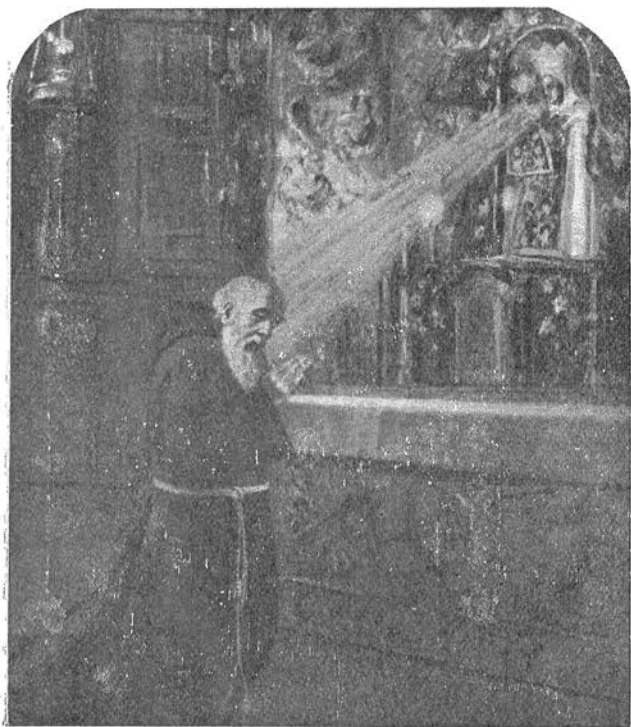
Creeríase que obligado a permanecer siempre en aquel puesto y fatigado en las continuas ocupaciones que desempeña, debía vivir distraído y alejado de su amada Eucaristía.

Pero no es así.

De pronto así lo temió él en un principio. Mas luego halló un remedio excelente.

Había junto a la portería un escondrijo, llamado la celda de S. Alejo, bajo el rellano de la escalera con una ventanilla que daba a la Iglesia. ¿Qué más podía desear nuestro Sarto? Cualquier otro lugar no puede compararse con aquel. En efecto: en el coro sería visto de los demás y no tendría aquella libertad que da tanto sosiego y alegría al alma fervorosa. Si estuviese arriba, en una celda del convento, no tendría aquel ventanillo precioso a través del cual vé el Tabernáculo. En aquel rincón, en cambio, puede orar a placer y meditar y llorar sin ser objeto de observaciones indiscretas. Desde allí puede estar durante largo rato con la mirada clavada en el Tabernáculo donde está encerrado su Amado, hablarle, confiarle sin intermediarios sus dificultades y penas, sus alegrías y aflicciones; puede adorarle, amarle y estar junto a El todo el tiempo que quiera sin que nadie lo advierta.

¡A buen seguro que no cambiaría aquel lugar por un reino!



El Santo portero orando ante su Madre

Pero ¿cómo puede estar allí con tanta frecuencia y orar y entretenerse con Jesús si acude tanta gente a la portería y la campanilla suena continuamente y hay que estar siempre abriendo y cerrando la puerta?

Es que no faltan tampoco minutos y horas y a veces días enteros de reposo. Por lo demás le basta entrar allí un momento, detenerse un instante, dar una mirada al Tabernáculo. Eso le basta. Su espíritu con eso se reanima y adquiere nuevo temple. Siente a Jesús más cerca de sí y después lo mismo en la puerta que entre el bullicio y en las ocupaciones lo ve y le tiene presente. Habla, obra, se mueve bajo su dulce mirada. Por eso hay tanta serenidad en su rostro; por eso fluyen de sus labios las palabras amables y penetrantes, y halla recursos inagotables en su corazón y pensamientos acomodados a las necesidades de tantos como los solicitan; por eso todos se retiran satisfechos y reciben una impresión indeleble de su trato con él y su figura se fija con trazos imborrables en su memoria,

Además no faltan días en que casi de continuo puede gozar tranquilamente la soledad encantadora de aquella celdita de S. Alejo: los días de viento y lluvias en que los peregrinos no se mueven de sus casas o acuden en escaso número a Altoetting, esos días tempestuosos que impiden el acceso al santuario. Y en esas ocasiones es cuando se sumerge en la contemplación del amor de Jesús sacramentado o bien se entrega a la meditación de su pasión; y goza libremente de la familiaridad de su Dios, sin que ninguno vea ni oiga.

¡Es un verdadero paraíso!

De seguro que en ese puesto se halla bien Fr. Conrado bajo todos los aspectos.

Además ha alcanzado desde el principio la gracia de anticiparse y sustituir, en las primeras horas de la mañana en el servicio de la sacristía, al hermano sacristán ya anciano y achacoso. Por eso se levanta poco después de las tres, prepara la sacristía y los altares, llama a los Padres que tienen que decir las primeras misas y les ayuda con reverencia y fe; y cuando suena el *Angelus* a las 5 y baja el hermano sacristán, encuentra la iglesia abierta y todo dispuesto y preparado con exactitud, mientras Fr. Conrado a las 5 vuelve a su oficio de portero.

Mas su mayor consuelo es la Sgda. Comunión que recibe de ordinario en la Misa primera.

Ya no se trata de ver a Jesús, adorarle y hacer ella corte, sino de poseerle realmente, participar de El, vivir de El en la plenitud del término y alimentarse de su carne.

¿Cómo se preparaba para ese Sacramento nuestro Siervo de Dios? ¿Cómo lo recibía? ¿Qué frutos sacaba de él?

No nos es posible a nosotros descender a su corazón y leer y observar en él las comunicaciones divinas entre el Creador y la criatura bien preparada. Mas su exterior dice bastante de la labor que se realiza en su interior, así como su modestia, su trato y aquella especie de fascinación que ejerce en los que visitan el san-

tuario manifiesta los frutos de la visita de Jesús a su alma.

Ahí está el secreto de su ascendiente y de sus éxitos.

Acércase al altar, aún en su vejez cuando parece que hasta el espíritu debiera entumecerse, con el mismo ardor juvenil y el ímpetu de un corazón seráfico. Para él vivir con Jesús constituye el gozo y la alegría y la suprema delicia espiritual.

Y los superiores que se percataron luego de la pureza de su conciencia y de su santidad, le dieron permiso para que comulgase ya desde joven todos los días, apesar de que entonces no era esa la corriente, antes bien los mismos religiosos no comulgaban sino tres o cuatro veces a la semana.

El Crucifijo atraía su mente y su alma entera desde que vivía en el Rott. En el Crucifijo encontraba pábulo espiritual en abundancia. Sumergíase su alma en la contemplación de los dolores, humillaciones y agonía de Jesucristo y bien pronto hizo de él su libro, su espejo y el objeto de sus miradas más afectuosas y prolongadas.

La Cruz y el Tabernáculo son los dos polos dentro de los cuales se movía su espíritu y se espaciaba su mente. «La Cruz es mi libro—escribe él mismo;—una mirada a la cruz me enseña en cada momento el modo de portarme.»

Por eso entre todos los ejercicios de piedad el *Via Crucis* era el que gozaba de sus preferencias porque

se prestaba mejor a los ímpetus de su amor. Recorríalo llorando no pocas veces y pudiendo no empleaba menos de una hora en este piadoso ejercicio, deteniéndose largamente en la contemplación de las escenas de la Pasión de su Maestro.

Admirábanse muchos de la inalterable serenidad de su rostro en medio de las abrumadoras fatigas y continuas contrariedades de la portería donde las turbas afluían de todas partes, turbas muchas veces petulantes y exigentes. Pero él pensaba en la mansedumbre de Jesús, en sus humillaciones y paciencia divina. Así escribe él mismo: «El medio que empleo para ejercitarme en la humildad y mansedumbre es la Cruz.»

El padecer en unión de Jesús era un placer para él y cuando no se presentaba ocasión, se la procuraba privándose sobre todo del sueño y observando muchas otras abstinencias. Hasta los 70 años no bebió vino ni cerveza y si alguna vez tenía que hacerlo por obligación, escogía lo que los otros desechaban.

De la devoción a Jesús Sacramentado y al Crucifijo brotó en su espíritu la del Sagrado Corazón. ¿Y cómo había de ser si su mente estaba completamente aplicada a Dios y su vida entera era ternura de amor?

Al amor de Jesús sigue el amor de su Madre, María Santísima.

Nuestro Siervo de Dios puede llamarse un devoto apasionado de Ella.

En esta flor escogida del valle de Rott la devoción a la Virgen se arraigó desde la infancia y se desarrolló rápidamente con los años.

Si hay algún convento que prefiera es el de Altoetting donde está el santuario de María; si sufre al abandonarlo es porque se trata del santuario de la Virgen.

Bajo las alas de María se siente seguro, en la Virgen halla más que una madre; colocado en aquel célebre santuario para servirla se cree más feliz que un rey.

Tabernáculo, Cruz, María: he ahí todo. ¿Qué vale lo demás? Un solo afecto arde en su corazón, una sola preocupación se alberga en su alma, una sola aspiración florece en su espíritu: amar siempre mucho esos caros objetos de su corazón, servirles con fidelidad y perseverancia, trabajar porque sean amados también por los demás.

Entre los propósitos de los primeros años de su vida religiosa está éste: «Trabajaré por tener una tierna devoción a la beatísima Virgen María y procuraré imitar celosamente sus virtudes.»

La fidelidad a esta promesa es evidente en toda su vida.

El humilde portero del santuario de Altoetting no hablaba a los peregrinos que allí acudían en tropel sino de Jesús y María. Era una gran satisfacción para él poder difundir en torno suyo el amor a María o despertarlo donde ya existía.

Las tres cartas dirigidas a la amada «hermana» (de la que hablaremos enseguida) están llenas de esos afectos. El saludo que le dirige va siempre por medio «del Corazón Divino de Jesús y de María», y lo repite una y otra vez. Si quiere decirle o recordarle algo impor-

tante, sus palabras están impregnadas de amor a María. «Hubiese sido una satisfacción para mí si V. hubiese querido implorar de Dios en este lugar de Altoetting sus gracias copiosa y abundantemente por medio de su Madre virginal.»

En la última se declara «satisfecho y contento por haber aquella obtenido tantas gracias de la Virgen,» y para terminar emplea siempre esta fórmula: «La encomiendo a los santísimos Corazones de Jesús y de María.»

Es que no podía separar esos dos amores lo mismo en su conciencia como al hablar a los demás.

Aunque estaba muy ocupado en su oficio, sabía encontrar tiempo para entretenerse con la Virgen, consagrarla su trabajo, recitar su Oficio y la Corona de la Inmaculada y aún otras oraciones. Leía libros que trataban de Ella, meditaba en los misterios de su vida, ayudaba la misa en su capilla y tomaba parte en las funciones en honor de María.

Un día del año 1855 un estudiante de 16 años de Neuoetting, después redentorista, entró en la santa capilla para ayudar misa y se puso de rodillas detrás del Siervo de Dios que estaba junto al altar. «De repente, dice el citado religioso, observo cómo el ardor de su devoción se manifiesta aún externamente. Globos resplandecientes como de fuego salen de sus labios y suben hacia la milagrosa imagen. Esto lo ví muchas veces.»

—«Un día de 1880, atestiguo otro, asistía yo a la santa misa que se celebraba a las 5 en la capilla votiva

y que la ayudaba Fr. Conrado. De pronto una claridad extraordinaria se difunde en el interior del santuario y veo salir como tres globos de fuego de la boca de Fray Conrado y dirigirse hacia la milagrosa imagen a la vista de todos los presentes que prorrumpen en exclamaciones de admiración.»

La Virgen quiso así dar público testimonio de la fe y amor de este su fiel siervo.





CAPITULO X

La «hermana»



o es raro en la vida de los santos encontrar amistades afectuosas, aunque santas, con otras almas sedientas de Dios que la Providencia coloca en su camino. Cuando estas almas se encuentran y se conocen bien recíprocamente, brota entre ellas una alegría celestial que las invade, un suave sentimiento de gratitud a Dios que las inunda. Se aconsejan mutuamente, se consuelan, se incitan, se estimulan. Es la verdadera amistad. Es la unión íntima de pensamientos, afectos y santas aspiraciones.

Sta. Paula y Sta. Eustoquio se encuentran al lado de S. Jerónimo; Sta. Escolástica con S. Benito; Sta. Clara con S. Francisco; Sta. Luisa de Marillac con S. Vicente de Paúl; Sta. Juana Chantal con S. Francisco de Sales. Y así otros muchos casos.

En la vida de S. Conrado encontramos también una piadosa terciaria cuyo nombre ignoramos, que fué in-

tima confidente del Santo, y a la cual éste se manifestaba con entera y santa libertad. A ella dirigió algunas cartas que son en algún modo una revelación. Las tres que poseemos demuestran por una parte el gran aprecio en que la tiene y nos dan por otra una pauta segura y admirable de su corazón, de su vida interior y del incendio de amor divino que arde en su pecho.

No se sabe donde se conocieron. Es probable con todo que en la portería de Altoetting es donde tuvo lugar el encuentro y se trabó aquella santa amistad.

Como miraba siempre bajo el punto de vista sobrenatural a los pobres, visitantes y peregrinos, y Dios le había dado especial don de escudriñar los corazones, nada extraño, que se hubiese dado cuenta de los dones del cielo de aquella alma. O bien (y esto es tal vez más verosímil) aquella señora, angustiada en su espíritu e indecisa sobre lo que siente en su corazón y no hallando quien pudiera comprender sus temores y dudas, se habría manifestado al portero de Altoetting, cuya santidad conocía bien, y le habría expuesto sus angustias.

El hecho es que llegaron a conocerse y estimarse mutuamente, y pues el Santo le escribió cartas de tanta familiaridad y confianza y le hizo tantas confidencias, no cabe duda que tenía un alto concepto de su santidad.

En efecto: le habla y responde con afecto sobrenatural, y usa frases y expresiones de tan alta espiritualidad que son una joya en su género.

En la primera carta del 17 de Abril de 1872 le dice: «Respetabilísima hermana, reciba mis saludos por me-

dio del Corazón de Jesús y María.» Se justifica a continuación de no haber podido escribirla antes y añade: «Solo ahora puedo por fin escribirla. ¡Oh buena hermana mía! No ha podido ser de otra manera... Tenía la más sincera compasión por V., porque habrá esperado la mía con dolorosa ansiedad; pero para los que aman a Dios todo se les trueca en bien.»

Era tanta la opinión de bondad que tenía de ella que aún cuando le habla de sí usa siempre un lenguaje delicado: «V. quiere saber, le dice, qué tal estoy yo y yo en cambio quisiera preguntarle qué tal se encuentra V.»

Pero; ¡cómo le escribe el Santo de sí mismo y cómo le descubre su corazón!

Aquí es donde las tres cartas, escritas con encantadora sencillez despiertan sobremanera el interés y arrojan haces de luz maravillosa sobre su vida interior y sobre el amor que arde en su pecho.

Tenemos que ceñirnos por necesidad a citar solo algunos pensamientos.

«Mi vida, escribe, consiste en amar y padecer; consiste en admirar el inefable amor de Dios por nosotros, miserables criaturas.»

Y a continuación añade estos pensamientos y afectos de belleza sobre humana:

«En el amor de mi Dios no hallo nunca límite y no hay cosa que pueda serme de obstáculo ni oponérseme. Me encuentro unido, mucho más de lo que puede expresarse con palabras, con mi Amado; y las mismas ocupaciones que son múltiples no tienen otro efecto que

estrecharme más y más a El. Le hablo con toda confianza como el niño a su padre. Le confío mis cuidados, deseos y todo cuanto me interesa.»

Por aquí se ve que vivía de esta confianza, de ese abandono total en El. Siéntese en esas palabras el espíritu de S. Pablo a quien ninguna criatura podía impedir la unión con su Dios. Y añade:

«Le pido esta o la otra gracia, pero con confianza infantil, sí, con grandísima confianza.»

Ni siquiera los defectos pueden disminuir ese afecto ni alterar esa confianza.

«Si he cometido algún defecto, añade, le ruego con grande humildad me lo quiera perdonar una vez más todavía, pues tengo gran deseo de ser bueno. Sí, quiero amarle más tiernamente, más íntimamente.»

Y cuál es el secreto de tanto incendio? La Cruz.

«La Cruz es mi libro, dice. Una sola mirada a la cruz me enseña todo. Ahí aprendo la mansedumbre y el modo de sufrir con paciencia; más aún, todo me lo vuelve dulce y ligero.»

Y como este asunto es el que más le apasiona, añade: «No puedo escribirle más, porque no acabaría nunca.»

Manifiéstale finalmente el gusto que tendrá en volver a verla:

«V. vendrá sin duda de nuevo a Altoetting y eso será para mí una verdadera alegría. Entonces hablaremos más largamente. Si quiere escribirme, puede hacerlo; pero yo no puedo responderle con frecuencia.»

Y la pía Terciaria le envió otras cartas después de haber estado en Altoetting. Respondióle el Santo el 6 de Agosto de aquel mismo año. Entre otras cosas le dice exhortándola a la confianza: «Nuestra confianza (en Dios) debe ser grande y mayor aún debe ser nuestro amor.» Felicítase después del vivo deseo de consagrarse a Dios que aquella le manifiesta y exclama: «¡Oh hermana mía, Dios nos ama de verdad! Nos ha colmado de muchas gracias que nos las concede por puro amor y misericordia. Consagrémonos enteramente a El, nuestro bueno y amado Padre del cielo. Amémosle mucho. ¡Oh! Nuestro amor debe ser grande y cada vez mayor porque en esto no tiene que haber descanso... Pero basta, que no acabaría nunca sobre esta materia.»

Evidentemente cuando toca esta fibra delicada del Amor divino no quisiera acabar porque el corazón le da vuelcos en el pecho.

También la «hermana» parece sacar mucho provecho de esas respuestas y escribirle más a menudo porque el Santo en la última carta que poseemos del 3 de Octubre le dice:

«No sé que habrá pensado V. de que yo no le haya escrito nada... Pero tal vez es mejor que no le escriba.» La exhorta a continuación a unirse cada vez más íntimamente con Dios y añade para terminar:

«Por lo que a mí hace, tal vez V. querrá saber cómo me encuentro. Yo procuro con toda diligencia amar mucho a Dios. Y el temor que me asalta con frecuencia es el no amarle; ¡yo que quisiera ser un serafín de

amor e invitar muchas veces a todas las criaturas para que me ayudasen a amar a mi Dios! Voy a acabar porque esto va demasiado largo. El amor no conoce límites.»

¿Cómo no sentirse conmovido al leer estas cartas donde vibra tan pujante la necesidad y el amor de Dios? ¿Y cómo no desear que esta correspondencia se hubiese prolongado más todavía?

Parece que el Santo no escribió más por humildad, y la «hermana», que era sin duda también humilde y digna de él pues logró ocultarnos su nombre, tuvo que contentarse con leer y releer las tres cartas recibidas y meditarlas despacio. Y por cierto que había siempre en ellas harto de donde sacar fruto.

De todos modos ha sido una fortuna para nosotros el que tales cartas se nos hayan transmitido, toda vez que encierran un exquisito perfume de santidad y vida sobrenatural de que estaba llena el alma de nuestro Santo.





CAPITULO XI

El Ocaso



EL humilde portero de Altoetting avanzaba entre tanto en edad y contaba ya 76 años. ¿Cómo transcurrió tanto tiempo? Ni siquiera él podría decirlo. O mejor, él menos que los demás.

Colocado ahí, junto al santuario de la Virgen, a la cual le ligan tantos vínculos de afecto y de gratitud, trabaja por servirla diligentemente en la persona de los religiosos, de los peregrinos, de los pobres, de todos aquellos que acuden a honrarla y ofrecerla sus obsequios y oraciones.

Y sabe servir a todos esos con amor.

Por lo demás, toda su vida ha sido una vida de amor. En la carta a su «hermana» espiritual escribe él mismo que «el amor no conoce límites», es decir, que no se mide con el tiempo. Ahora bien, los 76 años de su existencia han transcurrido dentro del círculo de ese amor; y si bien la nostalgia del cielo le punza, sin embargo por amor de su Dios así como se ha sacrificado

hasta el presente estaría dispuesto a hacerlo todavía otros mil años.

¿Qué importa sufrir si su «amado Dios» es glorificado por ello? Lo tiene escrito a su «hermana» que «su libro es la cruz y comenzando a hablar de ella no acabaría nunca.» Así pues, aún suspirando por el cielo, la vida se le ha hecho breve porque ha sabido sufrir en ella.

Y todavía cree no haber alcanzado aquel grado de amor por el que anhela. Quisiera remontarse más alto, ser un serafín de amor. «¡Oh!, exclama en una carta a la «hermana», amo muy poco a mi Dios, y éste es precisamente mi tormento, por que yo quisiera ser un serafín.»

Mas el amor perfecto no se halla sino en el cielo.

Trabaja, se fatiga. Y en el trabajo se ingenia por purificar y aumentar su amor, toda vez que su pensamiento y voluntad están fijos en Dios, de suerte que «su conversación está en el cielo,» y ni aún sus múltiples ocupaciones le distraen de la unión íntima con su Amado.

Y ese Dios a quien ha servido con tanta fidelidad, está ya a la puerta, va a llamarle a Sí para galardonar sus sacrificios, colmar sus ansias ardientes y hacer brillar con fulgor divino su humildad y retiro.

Es el 18 de Abril de 1894.

Apoyado en el bastón que le sostiene, sube el venerable anciano a las 5 de la mañana a la santa capilla para ayudar misa y comulgar en ella. Lo mismo que todos los días.

Pero es la última vez.

Fiel como siempre al espíritu de inmolación que tanto aprecia y al silencio que siempre ha observado, nada dice de sus sufrimientos e indisposiciones. Quiere estar en la brecha hasta el último momento.

Aquel día el trabajo es extraordinario.

Llegan al santuario siete peregrinaciones. ¡Hay tanto quehacer! Pero advierte que sus fuerzas le hacen traición. Y pensando que una hora de descanso le bastará para restablecerse, busca un sustituto en Fr. Adeodato, su compañero.

Pero las fuerzas no vuelven y después de vísperas se vé obligado a confesar su postración:

—Padre Gurdián, no puedo más!

El superior le ordena que se acueste en la celda de la Virgen, que es más espaciosa que las otras.

Se llama al médico quien le prescribe descanso absoluto.

Fr. Conrado tranquilo, sereno, lleno de recogimiento aprieta en sus manos el Crucifijo, su Amor, y el Rosario. Está absorto en oración.

Se acerca ya la hora de ir a Dios, de unirse con su Amado a quien ha mirado y compadecido tantas veces en la cruz, con quien ha querido vivir crucificado, por cuyo amor todo sacrificio le ha parecido ligero, más aún, dulce y agradable.

Se acerca ya la hora de ser verdaderamente «un serafín», allá, en el reino donde reina soberano el Amor.

Pasan el 19 y el 20 de Abril. Parece advertirse alguna mejora. Ilusión de sus hermanos que sienten ya el dolor del proximo doloroso desenlace.

La mañana del 21 recibe en actitud angélica el santo Viático, último beso que Jesús le imprime sobre la tierra del destierro, pues va a abrirle ya las puertas de la patria donde le aguarda.

—Fr. Conrado, le pregunta el superior, ¿quiere recibir la Extrema Unción y la Absolución general?

—¡Oh!, responde conmovido el Santo, se lo ruego encarecidamente.

—Prepárese pues.

—Sí, con mucho gusto.

Pero ¿qué preparación cabía si siempre había tenido ante sus ojos la muerte hasta el punto de haberse familiarizado con ella?

Recibido aquél Sacramento con señales evidentes de acendrada piedad, quiso besar en agradecimiento la mano del P. Guardián diciendo:

—Dios se lo pague.

Preguntóle el P. Guardián:

—Fr. Conrado, ¿tiene miedo a la muerte?

—Hágase la voluntad de Dios, respondió el Santo con perfecta adhesión a la voluntad de Dios que siempre constituyó su norma de conducta.

Por la tarde cuando los religiosos estaban en el coro haciendo oración, Fr. Conrado oyó tocar la campanilla de la portería en ocasión en que el enfermero se había alejado momentáneamente. Creyendo que ninguno había oído, fiel a la práctica de su deber aún en aquellas circunstancias, hizo un esfuerzo por levantarse logrando su intento. Tomó en sus manos una bujía y asomóse a

la puerta, llamando en altas voces al portero suplente para que acudiera a la portería.

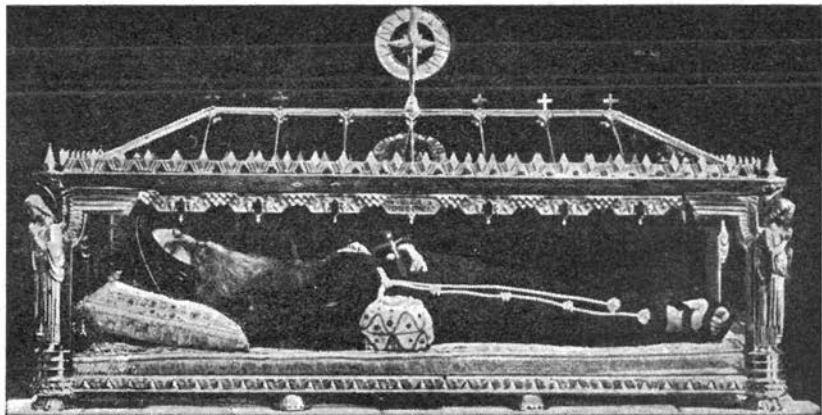
Este episodio es testimonio elocuente de aquella obediencia al deber, llevada hasta la inmolación de la vida, que constituye el elogio máspreciado que pueda hacerse de un hombre. Como siempre había desempeñado aquel oficio por servir a Dios y lo había hecho con el mismo espíritu y la misma fe que si se tratase de la conversión del mundo entero, encontró en el hábito y en la virtud aquella energía que le hacía considerar como cosa despreciable el peligro de la vida frente al deber. Deber que ya no tenía valor para él toda vez que se hallaba en los umbrales de la eternidad.

De hecho como pasase por allí un religioso joven y viese levantado al santo anciano que se bamboleaba, llamó luego a los demás religiosos y lo pusieron de nuevo en el lecho. Acto seguido comenzaron a recitar las oraciones de los moribundos a las cuales respondió el Santo con sumisa voz hasta que al *Ave María* del sábado 21 de Abril de 1894 mientras la campana de la iglesia tocaba el *Angelus* cerró plácidamente sus ojos y entregó su hermosa alma a Dios: parecía haberse dormido dulcemente.

Dibujóse luego en su semblante un rayo de serena majestad y una sonrisa angelical en sus labios que parecía decir: «Voy a la casa del Señor.»

Uno de los presentes exclamó:

—«La Virgen Santísima se ha aparecido sin duda a Fr. Conrado y ha llevado al cielo su alma.»



Urna de plata que guarda los restos de San Conrado de Parzham

El cadáver, acompañado de las lágrimas de los religiosos y adornado de flores, fué colocado delante de la imagen de María en la capilla votiva.

El 24 de Abril se hicieron los funerales con un concurso enorme de gente. Formóse luego un cortejo innumerable de hombres, mujeres, sacerdotes y religiosos y desfilaron todos por la plaza acompañando al Siervo de Dios a su última morada en el sepulcro de los religiosos. Bien pronto se estableció allí una continua procesión de devotos que iban a pedir gracias.

Con el fin de que el acceso a aquel lugar fuese más fácil, hízose en 1912 el reconocimiento de su cuerpo que fué colocado en la iglesia de Sta. Ana.

Desde aquel día la tumba del Santo no ha estado jamás desierta y, como muchos afirman haber recibido favores y gracias, su devoción ha traspasado los confines de Baviera.

En 1914 se inició el proceso de beatificación. En 1924 tuvo lugar la introducción de la causa y después de un proceso rápido, hasta entonces desconocido, fué beatificado el 15 de Junio de 1930 y por último canonizado después de cuatro años el 20 de Mayo de 1934. Diez años exactos desde la introducción de la causa.

El humilde portero que supo glorificar a Dios con 40 años de vida oculta y abnegada en el santuario de Altoetting y pasó casi desconocido en medio de los hombres, recibe ahora el sello de la más alta glorificación sobre la tierra, por mano de esa Iglesia que es la única que sabe ensalzar dignamente a los hombres.

Los milagros presentados para su beatificación son: curación instantánea y perfecta de Cunegunda Aepfelbacher, de 80 años, que había sufrido durante siete años una enorme úlcera varicosa en el pie izquierdo; y la curación, también instantánea y perfecta, de Elisa Erl, niña de 4 años, la cual no podía tenerse en pie y menos andar, a causa de una atonía muscular congénita.

Los milagros de la canonización son: curación instantánea y perfecta de María Zech, de 23 años, que sufría hacía 17 meses osteoartritis tubercular, de resultas de un trauma, en el brazo derecho; y la curación, igualmente instantánea y perfecta, de Augusta Scheidle, de 20 años, afligida por una grave tuberculosis pulmonar con metastasis meningo-radicular.



Apéndice

LA CANONIZACION—EL PANEGIRICO DEL PAPA



A canonización de San Conrado revistió extraordinario esplendor. Grandemente contribuyó a ello, entre otras circunstancias, la fecha escogida para la solemne ceremonia, que fué la festividad de Pentecostés del año 1934, cuando no se habían extinguido aun los ecos de las fiestas jubilares del XIX Centenario de la Redención.

En el Cortejo papal participaron diez y nueve cardenales, tres patriarcas, y sesenta arzobispos y obispos doce de ellos capuchinos y algunos abades nitrados, y así aparecer en la Basílica de San Pedro, espléndidamente iluminada, la silla gestatoria, setecientos capuchinos, venidos de todas las Provincias de la Orden, más de tres mil terciarios y una innumerable multitud de fieles rompieron en una tempestad de aplausos y aclamaciones, que resonó sin cesar bajo las bóvedas del

grandioso templo, mientras el Romano Pontífice se dirigía hacia el trono erigido delante de la Cátedra en el fondo del ábside.

Desarrollóse enseguida en la forma acostumbrada, la ceremonia de la canonización y, terminado el canto del Evangelio, el Papa leyó la siguiente bellísima homilía sobre la festividad del día y en honor del nuevo Santo:

VENERABLES HERMANOS Y QUERIDOS HIJOS:

«Bajó repentinamente del cielo un ruido, como de vendaval, que sobreviene.» (1) Llenos los Apóstoles del Espíritu Santo, y no sujetos ya, como antes, a las flaquezas humanas de la ignorancia y cobardía, recorren mar y tierra, llevando a todas partes el nombre y culto cristiano.

«Por toda la tierra resonó el timbre de su voz, y sus palabras llegaron hasta el último confín del globo» (2). Desheredado y desterrado estaba el género humano y aceleradamente caminaba hacia la ruina, sumergido en toda clase de errores, hecho juguete de locas concupiscencias, y aquejado de estas y otras miserias, fruto del pecado de los primeros padres. Mas merced a los maravillosos trabajos de los pregoneros evangélicos, y a la virtud fecundante de la sangre de Cristo, de este mar

(1) Act. Apost. 2, 2.

(2) Psal. 18, 5.—Rom. 10,18

alborotado levantóse la Iglesia y une en fraternal alianza a pueblos cultos y bárbaros, y purifica sus pecados y fomenta la moralidad y muéstrales el cielo, como patria nueva feliz e inmortal, que debe ser conquistada por sus esfuerzos. Vendrán a tierra en el transcurso de los siglos por la acción del tiempo y de la malicia humana, los reinos y los imperios y todas las cosas; mas la Iglesia de Dios, sostenida en alto por el Espíritu Santo no caerá jamás. Más aun; cuanto más aciagos sean los tiempos, más brillará la hermosura de su santidad; y cuanto con más malvado empeño, la persecución y la calumnia embistan contra la sociedad cristiana, surgirán más invictos y esforzados paladines, que la defiendan, vindiquen su libertad y la ilustren con el brillo de sus virtudes.

Y así, como en el jardín de la Iglesia no faltan ni las blancas flores de la virginidad, ni las purpúreas del martirio, ni los árboles gigantescos cargados de frutos, así tampoco en ella faltan las pequeñas y humildes violetas que exhalan suavísimo olor. Entre ellas, por su singular humildad, debe ennumerarse Conrado de Parzham, a quien hoy, solemnidad de Pentecostés, hemos condecorado con la aureola de los santos. Pues si hubo alguien que correspondiera con ánimo pronto y decidido a las inspiraciones de la gracia, éste fué Conrado que bien pudo aplicarse a sí mismo en todos los momentos de su vida aquella frase de Jesucristo: «Yo siempre hago las cosas que le agradan.» (1) Puesto por sus

(1) Ioann. 8, 29.

Superiores en el humilde oficio de portero, que exige no pequeña dosis de paciencia, prudencia y sagacidad, se esfuerza por llegar a la cumbre de la santidad, cumpliendo con diligencia y piedad los deberes anejos a su oficio. Nada en verdad, nada extraordinario descubrimos en su plan cotidiano de vida; pero todas sus acciones estuvieron informadas por la caridad, la obediencia y la religión: «Todo lo hizo bien» (1). Por esto bien podemos asegurar que la santidad cristiana no es privilegio de pocos, sino deber de todos, que no obliga solamente a algunas almas dotadas de más excelentes cualidades naturales y dones divinos, sino a todos, absolutamente a todos los cristianos. Lo cual por otra parte Dios mismo lo mandó al decir: «Sed santos, porque yo soy santo» (2); «sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial.» (3)

Mas ¿por qué métodos o por qué medios llegó nuestro Conrado a esta heroica perfección evangélica? De todos es conocida su castidad virginal que adornando su espíritu, daba aspecto angelical a su rostro y parecía poner en él reflejos de las celestes hermosuras. Conocida es su humildad, que le impulsó a realizar maravillosamente en su vida cotidiana aquella invitación de Jesucristo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso a vuestras almas» (4). Pues así, como, en frase de San Agustín, el edificio

(1) Marc. 7, 37.

(2) Levit, 11, 44; 1 Ptr. 1 16.

(3) Matt. 2, 48.

(4) Matt. 11, 29.



Bello y artístico Relicario, de plata y marfil, ofrecido al Romano Pontífice el día de la Canonización de San Conrado. Las reliquias del Santo van en la proa de la navecilla.

de la santidad debe subir en alto hasta perderse en los cielos, así es menester para su firmeza y solidez que hunda en tierra sus cimientos. De todos finalmente es conocido su amor de Dios y del prójimo; en virtud de él tuvo sus delicias en pasar día y noche al pie del Augusto Sacramento en fervorosísima oración; supo a pesar de sus múltiples y continuas ocupaciones vivir constantemente unido con Dios, y, en cuanto se lo permitía su condición, no desaprovechó ocasión para trabajar por el bien de las almas.

Brille pues y ante los ojos de todos resplandezca esta auténtica imagen y forma de la santidad que en sí reprodujo este humilde Fraile Capuchino. Ella enseñe y amoneste a todos cuan alejados andan del camino de la verdad aquellos que tratan de restablecer y exaltar las leyes y costumbres paganas, esforzándose al mismo tiempo en rechazar y desterrar la doctrina cristiana, que es la única que puede promover entre los hombres la virtud, la cultura y el verdadero progreso. Esta gracia y esta luz implore benignamente de Dios el nuevo Santo, para que así llegue a ser una feliz realidad lo que hoy canta la Iglesia y pide al Espíritu Santo: Dobleza lo que está rígido, calienta lo que está frío, endereza lo que está torcido. Amén. (1)

(1) De la Secuencia de Pentecostés.

INDICE



	<u>PAG.</u>
Al lector	5
CAP. I — Primavera de Santidad	6
» II — Las pruebas de la vida	14
» III — Hacia el claustro	21
» IV — Novicio capuchino	27
» V — De nuevo en Altoetting	36
» VI — El portero.	40
» VII — El amigo de los pobres	51
» VIII — Apostoiado	57
» IX — Su alimento	63
» X — La «hermana»	73
» XI — El ocaso	79
» XII — La canonización-El panegirico del Papa	87



NIHIL OBSTAT. 10 AGOSTO 1934.

Cecilio Urrizola

Pbro. Censor.

IMPRIMATUR. 18 AGOSTO 1934.

El Obispo de Pamplona

IMPRIMATUR. 21 AGOSTO 1934.

Fr. Ladislao de Yábar

M. Provincial O. M. C.

